

Por otro Puerer

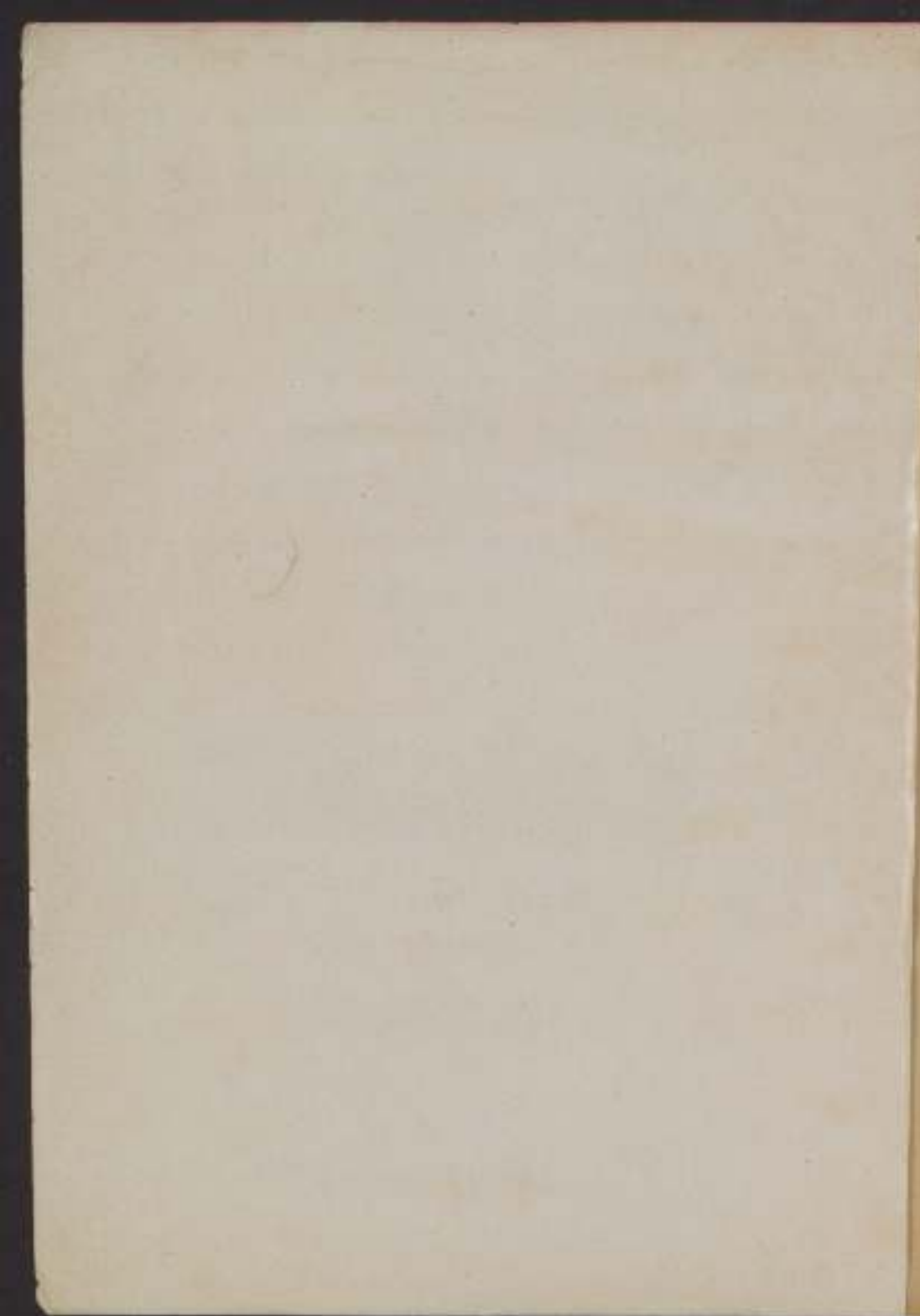


BARBARA
STANWYK

HERBERT
MARSHALL
CESAR
ROMERO



WALL



EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

Por otro querer

Sentimental e interesantísima producción

Dirigida por

SIDNEY LANDFIELD

En un film

20th CENTURY-FOX

Distribuido por

HISPANO FOX-FILM, S. A. E.

Valencia, 280. — BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

BÁRBARA STANWYCK

HERBERT MARSHALL

CÉSAR ROMERO

y el niño

Johnny Russell

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

VDA. J. FERRER COLL - VALENCIA, 197 - BARCELONA

POR OTRO QUERER

Argumento de la película

—Señorita, buenos llegado...

Margot miró al chofer que así le hablaba desde su asiento y bajó del taxi toda turbada, dichosa, emocionada, con los ojos brillantes y una inefable expresión en su semblante.

—¿Es ésa la entrada principal? —preguntó Margot, mientras abnaba lo que marcaba el taxi.

—Sí... y le deseo mucha suerte, señorita—sonrió el chofer mirando a la muchacha con complacencia.

—Gracias... Pero... ¿quién le ha dicho que vengo a casarme?—inquirió Margot, extrañada de la intuición del buen hombre.

—Lo he adivinado. Me lo han dicho sus ojos. Están brillantes de ilusión.

—¿Y eso es malo?—preguntó la

chiquilla con una deliciosa ingenuidad.

—Es magnífico. Consérvelos siempre así y él será suyo toda la vida.

—Gracias.

Margot se dirigió con paso rápido hacia el gran edificio de la alcaldía donde iba a contraer el matrimonio civil. Miró a todas partes buscándole a él y, viendo que aun no había llegado, se dispuso a esperarle. Estaba muy emocionada. Aquel momento tan esperado iba a llegar y la realidad ponía en su alma la extraña inquietud de los grandes acontecimientos, de las decisiones trascendentales.

—¿Usted también se va a casar?—le preguntó otra muchacha que estaba a su lado frente a la alcaldía y que mostraba mayor im-

paciencia y nerviosismo en su larga espera.

—Sí—dijo Margot simplemente.

—¡Ay!... Yo estoy muy nerviosa... Es la primera vez que me caso... Supongo que después de haberlo dos o tres veces se debe estar mucho más tranquila, ¿no cree usted? Pero mi novio lleva ya una hora de retraso. ¿No se habrá arrepentido de la boda?

—No, no... Probablemente se habrá retrasado por el tráfico... Yo he tardado mucho en llegar aquí—aseguró Margot.

—Me parece que antes de casarnos vamos a tener la primera pelea —suspiró la desconocida, dando rienda suelta a sus nervios.

Margot soltó una carcajada frasca y dichosa. La divertía la impaciencia de la chica y gozaba con aquel espectáculo que ella le ofrecía. No es que no sintiera Margot cierta impaciencia, pero sabía que su novio, que era muy puntual, no tardaría en llegar.

El novio de la desconocida se presentó en aquel momento, y ésta, cogiéndose de su brazo, como si temiera que se le fuera a escapar, exclamó:

—¡Vaya, hombre, al fin has llegado!... ¿Te parece bonito semejante plantón?

—Tuve que esperar a que me pagaran el cheque... Sin dinero no

podíamos casarnos... ¿Hice mal en esperar? —replicó él sonriendo y envolviendo a su novia en una mirada llena de cariño.

—¡Ah, no, no...! Si ese fué el motivo...—replicó la muchacha.

Y volviéndose a Margot que les contemplaba pensando en su propia dicha, añadió:

—Le deseo buena suerte... y espero que su futuro marido llegue bien y pronto. ¡Que no sea como el mío que ya empieza a darme disgustos antes de casarnos!

—¡Oh, gracias!... —rió Margot—. Muchas felicidades para ustedes...

—Gracias... Vamos, Luisa.

Entraron en la sala del registro civil a cumplir con las formalidades de la ley y Margot escuchó en aquel momento un gran tumulto a escasa distancia de ella. Se oyó el frenazo de un coche, un alarido de angustia y el murmullo de la gente que se hacinaba en torno a algún trágico acontecimiento.

Con una angustia que no se supo explicar acudió Margot al lugar del suceso: un camión había chocado contra un auto y matado al ocupante de éste, que era Donald, su novio, su futuro esposo, el muchacho a quien esperaba con el alma llena de ilusiones y el corazón repleto de esperanzas.

—Retírense... retírense... Dejen

paso... ¡Atrás todo el mundo!... ¡Atrás!—gritaba un guardia, que no podía contener la curiosidad de los transeúntes.

Con el rostro pálido, los ojos desencajados, toda a su tragedia, Margot se acercó al guardia y suplicó con vehemencia:

—¿Dónde le han llevado?... ¡Quiero verle!... ¡Quiero verle!

—Lo han llevado a la clínica de urgencia, en la calle 23... Está ahí mismo—indicó el guardia, seguro de que se trataba de alguien de la familia del accidentado.

Margot no supo cómo había llegado hasta la clínica. Se encontró en ella como si una mano misteriosa la hubiera llevado a través de la multitud. Y cuando estuvo dentro del edificio no supo hacia dónde encaminar sus pasos.

—Quisiera ver... a... a un joven al que acaban de traer... Lo ha atropellado un camión ahí, en la esquina...

—¿Es usted de su familia?—preguntó la enfermera a la cual se había dirigido.

—No... no lo soy... todavía...—replicó Margot, muy turbada.

La enfermera atendió al doctor que salía de la sala de curas.

—Tome usted nota—dijo el médico sin darse cuenta de la presencia de Margot, hablando a la en-

fermera con ese tono frío que se adquiere en el trato continuo con las desgracias—. El informe es: "Donald Gordon, carretera Chany, 32, Monte Vernon. Edad 24 años, graduado como estudiante en la Universidad de Harvard. Fractura del cráneo. Muerte repentina. El cadáver quedará aquí hasta que sea reclamado por la familia".

Margot se quedó anonadada. ¡Muerto!... ¡Muerto!... Y ella, sola, infinitamente sola en aquella gran ciudad en la que no conocía a nadie, donde nadie la conocía, donde se sentía perdida como una gota de agua en la inmensidad del océano!... ¡Muerto!... ¡Muerto!... A ella ya no le quedaba nada que hacer en la vida. Faltándole Donald, ¿qué sería de ella, pobre chiquilla desvalida, sin conocimiento de la vida y sin apoyo ninguno moral ni material? ¡Muerto!... ¡Muerto!... ¡Muerto!...

Martilleaba en su cerebro aquella palabra como un venenado puñal que se le fuera hundiendo hasta lo más íntimo de su ser, turbándole el pensamiento, enloqueciéndola, haciéndola perder todo dominio de sí misma. No era Margot la que caminaba; no era Margot la que marchaba con paso de autómatas por entre las multitudes atareadas e inconscientes que pa-

saban a su lado sin darse cuenta de que pasaban junto a un gran dolor, junto a uno de esos dolores que no hay humana resistencia que pueda sufrirlos; no era Margot la que se encaminó hacia las aguas quietas del río y se las quedó mirando, mirando con una mirada vaga y perdida como si las aguas la atrajeran, la llamaran, la tentaran a buscar en ellas el olvido de todos los males y la paz inconsciente del no ser: no era Margot la que tan cerca de sí sintió todo el horror del abandono, no, era como la sombra de la Margot de hacía pocas horas, como si aquella Margot alegre, ilusionada y feliz hubiera muerto y no quedara más que una sombra difumada de ella y fuera esa sombra la que caminara, la que marchara hacia el abismo, la que se sintiera atraída por el espanto de una acción irremediable.

Dió un paso hacia las aguas traidoras y enloquecedoras que en su suave murmurar parecían repetirle en los oídos aquella palabra que le desgarraba las entrañas: "Muerto... muerto... muerto..."

Una voz la detuvo, una voz despreocupada, que hablaba como si hablara a una persona normal y no a un ser que estuviera sufrien-

do una de las más dolorosas crisis de la existencia:

—Yo no haría eso... No resolvería usted nada... más que hacer un hoyo en el agua que en seguida quedaría borrado... Y eso, ¿de qué la curaría?... ¡Bah, de nada!...

Un sollozo contestó a aquellas palabras. Margot podía, al fin, llorar, llorar con amargura y con desconsuelo, con el llanto que presta consuelo al alma y que arrastra consigo todas las malas ideas, porque las lágrimas son la válvula de escape de los grandes dolores. No había podido llorar hasta entonces, y todo el veneno de su dolor le había enturbiado el cerebro. Ahora lloraba, lloraba sin consuelo, pero cada lágrima destilaba un poco de aquel veneno y el pensamiento iba lentamente recobrando su normalidad.

El hombre que le hablaba la había visto llegar al borde del río y comprendió su fatal determinación.

Al verla llorar, prosiguió con calma:

—Es usted joven y atractiva... y el agua no haría más que hincharla y deformarla. ¡Vamos, no vale la pena cometer semejante error, sobre el cual no se puede volver! Tiene usted mucha vida por delante... y no hay hombre en

la tierra que merezca un sacrificio así... No somos más que insectos que cubren la tierra... Si ha tomado usted esa determinación suprema nada más que porque su novio la ha abandonado... ¡le da usted demasiada importancia!

Como Margot no tenía en aquellos momentos voluntad propia, logró él disuadirla fácilmente de su propósito y que le siguiera hasta su casa, donde le hizo tomar café muy caliente, enterándose entonces de lo ocurrido.

—Tome, esto le sentará bien... Sus nervios han recibido un choque muy fuerte y hay que reanimarlos.

—Gracias... Es usted muy amable molestándose tanto —pudo, al fin, decir Margot, que no había dejado de llorar hasta entonces.

—Nada de eso. Usted me hace compañía y yo se la agradezco. ¡Es muy aburrido estar solo!—aseguró él, ansioso de llevar consuelo a la infeliz—. ¿Quiere un poco de coñac?

—No, gracias.

—A mí me gusta mucho en el café.

Se sirvió un buen chorro y bebió en silencio. Margot rompió a llorar de nuevo. No podía contener sus lágrimas cuando volvía a recordar que Donald había muerto

y que ya nunca más volvería a verle.

—¡Qué desgracia tan grande!... ¡Un hombre tan joven y tan lleno de vida!... ¡Y morir en estos momentos!... ¡Teníamos un deber sagrado que cumplir... y lo llamamos a cumplir cuando la muerte le ha sorprendido así, de súbito, sin tiempo para dejar nada arreglado! ¡Oh, qué crueldad, qué espantosa crueldad!

—Sí, pero ya está visto... siempre se van los buenos del mundo y sólo quedamos los malos... Y digo "los malos", por mí... no por usted, no vaya a ofenderse —dijo Jim, mientras bebía a sorbos, saboreándolo, su delicioso café con coñac.

Margot bebió sólo unos sorbos del suyo y de pronto, dándose cuenta de que no podía seguir abusando de la amabilidad de aquel desconocido, se puso en pie y dijo:

—Tengo que marcharme.

—¿Dónde?

Titubeó ella unos momentos.

—No sé...—replicó, bajando los ojos con una infinita tristeza.

—¿No tiene usted casa?

—Ya no.

—Tendrá usted familia... Puede volver con ellos.

—No... ¡eso nunca!... Son muy buenos... y no puedo hacerles sufrir...

Jim calló unos momentos y luego, decidiéndose, seguro de que era él quien debía salvar a aquella pobre mujer, le dijo:

—No me ha contado toda su historia, ¿verdad? Pero no importa, porque yo la he adivinado. Hace tiempo fui un buen cirujano... y usted va a necesitar muchos cui-

dados en estos meses. ¿Me permite ayudarla?... ¡Claro que sí! ¡Convenido!

Lo dió por hecho y no dejó que Margot le contestara, aunque, si la hubiera dejado, tampoco lo hubiera hecho la desdichada criatura, pues de nuevo había ocultado el rostro entre las manos sollozando con verdadero desconsuelo.

...

Entró Jim en una de las galerías de reposo del sanatorio, con su rostro tan franco, tan abierto, tan jovial y, acercándose a la joven madre, que acunaba en su regazo a su hijo, preguntó alegremente:

—¿Cómo está esta mañana el encanto de su madre?

—¿Verdad que es precioso?— dijo Margot con maternal orgullo.

—A mí me parece un gatito, francamente.

El bebé comenzó a llorar.

—Se ha enfadado con usted al oírle— murmuró Margot, fingiéndose ofendida.

—Al contrario. Lloro porque le

soy simpático. Siempre es usted la que está equivocada, ¿verdad, gran hombre?— dijo Jim, dirigiéndose al niño, como si éste pudiera comprenderle.

Margot rió divertida por aquel muchachote, por aquel hombre que no había dejado de ser niño y que tan bien se había portado con ella, y luego le preguntó, como si dudara aún de hacer lo que él le había propuesto y lo que había quedado convenido antes de que llegara al mundo aquel delicioso pequeñuelo que era hoy un pedazo de su corazón:

—Jim... ¿está usted seguro de

esos amigos suyos?... ¿Cree usted que guerrán mucho al niño?

—Conozco a Philip y a Jane Marshall desde hace mucho tiempo. Fuimos al colegio juntos. Son inmejorables y siempre han deseado tener hijos. ¡Si supiera usted con qué ilusión están esperando al pequeño! Además, son muy ricos y el niño tendrá cuanto necesite. ¿Querrá usted separarse de él, ahora que ya le conoce?

Margot no contestó inmediatamente. En su corazón luchaban encontrados sentimientos y al fin replicó:

—No tengo derecho a conservarle a mi lado. No puedo hacerle pagar toda la vida una culpa que es sólo mía. ¿Qué puedo hacer por mi hijo? No tengo dinero, ni trabajo... ni siquiera puedo darle un nombre. ¡Sería imperdonable que por un egoísmo mío le hiciera desdichado a él para siempre!... Jim... ellos no deben saber nada... Digo

que esos amigos suyos no deben saber nunca...

—Nada, Margot, se lo prometo... Su secreto sólo lo sabremos usted y yo nada más — aseguró Jim con una seriedad que Margot no estaba acostumbrada a ver en el semblante de aquel buen amigo que Dios puso en su camino para salvarla a ella y para salvar a aquel hijo suyo tan inocente que venía al mundo en circunstancias tan desgraciadas.

—El señor y la señora Marshall han llegado — anunció una enfermera en aquel momento.

Jim observó compasivamente a Margot, ésta hizo un esfuerzo y entregó el niño a la enfermera, que desapareció lentamente, mientras Margot, roto su corazón, rompía a llorar más inconsolable aún que el día en que el automóvil le arrebató de una manera inesperada al padre de su hijo.

* * *

Jim no abandonó a Margot después de todo lo que ya había hecho por ella, y, cuando la muchacha

estuvo ya por entero restablecida, la acompañó él mismo a la casa de modas de Harriett, acreditada mo-

disto a la que conocía desde hacía muchos años, profesándose ambos un verdadero afecto que, sin duda, por parte de Harriett, se hubiera transformado, si él se diese cuenta, en algo más que simple afecto...

—¡Hola, Harriett! — exclamó Jim, entrando sin previo anuncio en el salón donde la dueña de la casa estaba mostrando un modelo a una cliente un poco difícil.

—¡Ah...! ¿Eres tú? — replicó Harriett, viendo a Jim y corriendo a él para evitar que dijera alguna inconveniencia delante de la señora a quien atendía—. ¿Qué quieres ahora? ¿Meterte a modista?

—Vengo a salvar a esa pobre criatura de tus garras — replicó Jim en voz baja y riendo—. Debes estar intentando un atraco en toda forma.

—¡Cállate, loco!... Señorita Benson, muestre a la señora Windson el otro modelo, el que hemos hecho en rojo — ordenó Harriett a una de sus ayudantas.

—¡No la vistas de rojo que va a parecer un demonio! — exclamó por lo bajo Jim, fingiendo un gran susto.

—¡Cállate y ven conmigo, tonto! — rió Harriett, a la que divertía mucho el modo de ser de Jim.

Y volviéndose a la señora, con una sonrisa encantadora, suplicó:

—Perdone... estoy con usted en el acto...

—Jim, ¿a qué has venido? — preguntó, cuando ya estuvieron fuera del salón.

—Ahí la tienes — contestó Jim, señalando con un leve gesto a Margot que permanecía en el hall algo alejada de ellos.

—¿A quién?... ¡Ah!... ¡La chica de que me hablaste!

—Sí, será una adquisición para ti... Tiene mucha experiencia en... estas tonterías que tú haces.

—Viéndola, nadie lo diría — afirmó Harriett después de haber observado el aire sencillo y tímido y también poco elegante de la muchacha que Jim le presentaba como una verdadera alhaja.

—Vamos, olvida que eres una mujer de negocios y ablanda un poquito el corazón en este momento.

—Está bien, hablaré con ella... y ya veremos... Preséntamela — ordenó Harriett, dispuesta a la benevolencia por tratarse de una cosa de Jim.

Se acercaron a Margot y Jim presentó:

—Señorita Weston... la señorita Martín.

—Mucho gusto, señorita Martín — dijo Margot con su dulce sonrisa, mirando tímidamente a aque-

lla mujer elegante y distinguida ante la que ella se sentía tan poca cosa que hubiera deseado desaparecer de su vista.

—Mucho gusto. Dice Jim que tiene usted gran experiencia en la clase de trabajo a que se dedica esta casa de modas.

—No, no, ninguna experiencia... Jamás he confeccionado un vestido...

—¡Ah, yo creí que la tenía!— afirmó Jim con aplomo.

—...pero si quiere usted darme ocasión de probar... — siguió diciendo Margot—, estoy segura de que podré serle útil.

Harriett no se decidía, pero Jim, apartándose de ella con Margot, le dijo, dando por hecho lo tratado:

—Ya está todo arreglado.

—¿De verdad lo cree usted?— repuso Margot, dudando de que fuera posible tanta suerte.

—Desde luego. Es muy buena, aunque algo rara. Y ahora la dejo, tengo que marcharme. Tardaremos mucho tiempo en vernos.

—¡Le voy a echar de menos!— suspiró Margot, entristeciéndose, puesto que en Jim había encontrado al verdadero amigo y era el único apoyo que tenía desde que se encontró tan sola y perdida en medio de la gran ciudad.

—Aquí estará muy bien... Vámonos, alegre esa mirada... ¡Adiós!— exclamó Jim, tendiéndole la mano en un gesto efusivo.

—¡Adiós, Jim!... No sé qué decirle... pero... ya usted sabe todo lo agradecida que le estoy, ¿verdad?— balbució Margot, que sentía unas ganas terribles de romper a llorar.

—No hable más de eso. La dejo en buenas manos. Yo sé que aquí estará usted bien y nada le faltará. ¡Adiós!...

Iba a salir, pero la voz de Harriett le detuvo:

—¡Jim, no te vayas!... Todavía no he decidido nada...

—Si has decidido. La chica se queda contigo. Será tu mejor colaboradora. No seas hipócrita y confiesa que te gusta la adquisición. Nos veremos cuando vuelva.

—¿A dónde vas ahora?

—A varios puntos. Ya sabes que mis viajes son siempre algo distantes y nunca sé a ciencia cierta qué rumbo voy a tomar.

—¡Ah, qué manía, viajar siempre en esos barcos sucios y asquerosos en que viajas! ¡Oh, Jim! ¿por qué no te decides y te quedas aquí de una vez?

—¿Para qué?— replicó Jim encogiéndose de hombros con indiferencia—. En esos barcos sucios y asquerosos, como tú dices, también

necesitan médico en sus largas travesías. ¿Qué mal hay en que yo vaya con ellos, si a mí me gusta? ¿Para qué voy a quedarme aquí, si nada me ata a la tierra?

—¿Para qué?... ¿Para qué?... — repitió Harriett nerviosa—. ¡Te abofetearía de buena gana! Un hombre como tú, que podrías hacerle aquí un nombre y una fortuna, empeñado en cruzar los mares como si fueras una ruta de barco...

—Lo único que me falta es estar dentro de una lata de basura, y estoy deseándolo... ¡Es antiséptico! —rió Jim, con aquella su risa franca y contagiosa.

—¿Antiséptico?... ¿Cuánto tiempo estarás fuera esta vez?

—No sé. Quizá sea un viaje corto. No te preocupes... ¡Algún día estarás orgullosa de mí!... ¡Adiós, y sé buena con la chica, Harriett!

Hizo un gesto de despedida y se marchó con la misma tranquilidad con que se hubiera ido si tuviera que volverla a ver a las dos horas y no saliera de allí para emprender uno de aquellos largos viajes que muchas veces se prolongaban meses y meses, de puerto en puerto, cruzando mares, combatiendo tempestades, luchando contra todas las enfermedades y todos los estragos que los continuos cambios de clima, la insalubridad de las

aguas y la deficiencia de la alimentación hacían a bordo de aquellos barcos de cabotaje que se lanzaban al mar con diversos rumbos, marchando tan pronto a los calurosos mares del Sur como hacia las regiones árticas en busca de las mercancías preciadas que sólo de los extremos del globo podían llegar hasta la patria, necesitada de ellas.

Harriett y Margot se miraron un momento, se sonrieron, se comprendieron. Dos mujeres no necesitan más para ser las mejores amigas o declararse las enemigas más encarnizadas. La extremada sensibilidad femenina pone a flor de piel el alma y en una mirada o en una sonrisa se puede concentrar ya todo lo que el corazón puede dar de sí.

Harriett fué la que rompió el silencio en que habían quedado con la brusca salida de Jim y, sin dejar de sonreír, comentó:

—Si no supiera bien el carácter que tiene, diría que Jim está loco. ¿Le conoce usted desde hace mucho tiempo?

—No... no mucho... Claro que él se hace querer en seguida.

—Eso es verdad. Sabe ser el hombre más bueno o el más desagradable del mundo, según su gusto.

—Yo diría que es bueno siempre—aseguró Margot, que sólo bondades había recibido de Jim en los momentos más trágicos y más difíciles de su vida.

—Quizá tenga usted razón... Y su bondad es contagiosa...—musi-

tó Harriett con cierta melancolía—. Voy a ocuparme de usted, señorita Weston... Mañana, a las nueve, puede venir ya a trabajar.

—¡Oh... gracias... gracias!—murmuró Margot, sintiendo que una oleada de ternura le desbordaba del corazón.

* * *

Desde el siguiente día, Margot comenzó a prestar sus servicios en la casa de modas de Harriett, y pronto quedó tan impuesta de su cometido, que ésta puso en ella toda su confianza. Jim no la había engañado. Margot era su mejor colaboradora y, más aún, su mejor amiga.

En pocos meses se habían penetrado de tal forma para el trabajo, que la clientela ya no sabía entre cuál de las dos escoger: si Harriett era la dueña atenta, amable, solícita, con un gusto exquisito y una experiencia incalculable para aconsejar a cada cliente el modelo que había de sentarle mejor según su tipo, sus gustos o la clase de ambiente en el que se desarro-

llaban sus actividades, Margot era la ayudanta ideal, la que sabía decir la última palabra en las dudas surgidas, la que encontraba el modo de convencer a la señora difícil, la que sabía dar a cada una de las damas que desfilaban por los salones la noción exacta de su propia elegancia, halagándola con una mirada o con una palabra insignificante, pero que iba directa a satisfacer la vanidad o el capricho de la compradora.

Cuando llegó el cambio de temporada, Harriett decidió que Margot fuera a París en busca de los nuevos modelos, pues le reconocía un gusto refinadísimo y una rara intuición para escoger según los gustos de la clientela. La conside-

raba, en este aspecto, superior a ella y, además, Margot tenía la ventaja de que podía dibujar rápidamente cualquier modelo que le exhibieran o cualquier detalle de buen gusto que pudiera captar en una reunión, en un baile, en las carreras o en el teatro, dondequiera que fuese, pues parecía que sus ojos estaban habituados a ver siempre, en cada *toilette*, el más pequeño detalle que le daba a ésta el "chic" apetecido.

Margot se afanaba siempre en complacer a su amiga y protectora, a la que le había dispensado no sólo una cordial acogida, sino que la había distinguido haciéndola su colaboradora y partícipe en el negocio, apreciando así todo el valor del trabajo de aquella muchacha que había entrado en su casa siendo nada más que una criatura insignificante y que era hoy una mujer elegantísima.

—¿Has olvidado, Harriett, que tienes que ir a una fiesta esta noche?—preguntó Margot a su amiga, mientras ella comenzaba a preparar sus cosas para el viaje que tenía que emprender.

—¡Ojalá lo hubiese olvidado! Es odioso tener que ir a esos sitios cuando una está cansada de todo un día de trabajo. Oye, Margot, ¿por qué no te vienes conmigo?—

sugirió Harriett que tenía mucha pereza en ir sola a la fiesta.

—No, gracias, tengo muchísimo que hacer esta noche. Todavía no tengo hecho mi equipaje. A propósito, ¿sabes cuántas cajas de medias tenemos en el almacén?

—No nos quedan más que dos... Lo mejor es que encaryues seis más.

Margot tomaba nota de todo lo que tenía que comprar en París, mientras Harriett se vestía para la fiesta.

—¿Qué tal estoy?—preguntó, cuando ya estuvo preparada, dando una vuelta ante Margot que la contempló con verdadera admiración.

—¡Maravillosa!... Como corresponde a la propietaria de la casa de modas Harriett... Y si no te das prisa en marcharte, se habrán bebido todo el champán...

—No importa. Algo quedará—replicó Harriett sonriendo.

—Anda, vete, y que te diviertas mucho. Yo cuidaré de todo, no te preocupes.

—Margot, no sé cómo podría arreglarme ya sin ti en todo este intrincado mundo del negocio de modas. Tú eres mi colaboradora y mi descanso. Sin ti me parece que ya no sabría vivir.

—Ni yo sin ti—replicó Margot.

emocionada—. Pero márchate y no nos pongamos sentimentales, que si las lágrimas asoman, ¡adiós, rimmel!

—Está bien... me voy... Buenas noches...

—Buenas noches.

Se despidieron con un beso cariñoso y tierno, como dos hermanas, y cuando Margot hubo terminado sus notas y dejó lo referente al almacén arreglado, se dispuso a salir a la calle para ir a cenar en algún restaurante cercano.

En el hall se le interpuso un hombre que le pidió limosna con la voz temblorosa de los viejos mendigos:

—¿Una limosnita para este pobre... señorita?

—Sí... ahora le... ¡Pero, Jim!— exclamó, con júbilo, Margot, reconociendo a su antiguo amigo y echándole los brazos al cuello—. ¡Jim, qué alegría!... ¡Lo veo y no lo creo!... ¿Cuándo has vuelto? ¿Por qué no has avisado?

—He atracado ahora mismo en un barco de carga.

—¿Pero si no lo puedo creer!— seguía diciendo Margot, radiante de alegría, mirándole y volviéndole a mirar, como si creyera que Jim fuera a desvanecerse como un sueño—. ¡Un viaje de cinco años

y no nos has escrito ni una sola vez!

—¿No recibiste mi tarjeta de Mozambique?

—¿No digas que me has escrito desde Mozambique!—replicó Margot, soltando una carcajada llena de felicidad por el dichoso encuentro.

—Tienes razón, no te he escrito. Soy un embustero.

—Lo que eres un inoportuno... ¡Mira que volver precisamente cuando yo me marché!

—¿A dónde vas?— preguntó Jim, un poco contrariado.

—A París a hacer las compras de otoño. Es mi primer viaje. Harriett cree que ya estoy a la altura para ir yo sola a buscar los nuevos modelos. Vente conmigo, vamos a cenar juntos. Harriett ha ido a una fiesta. Tenemos que contarnos muchas cosas.

—Necesito afeitarme — replicó Jim mostrando su rostro oscurecido por una barba de algunos días—. No puedo presentarme así en ningún sitio.

—¡Claro que puedes! Iremos a un restaurante insignificante. Si te dejas escapar ahora te marchas y no vuelvo a verte en otros cinco años. Vamos, vamos a cenar juntos — insistía Margot que estaba

contentísima por haber encontrado a Jim.

—Tendrás que esperar. Necesito afeitarme. Acompáñame a que me limpien la cara.

Fueron a una peluquería y se encontraron con un barbero charlatán, inoportuno, que comenzó a hablar y hablar sin importarle en absoluto la prisa del cliente. Jim se impacientaba en el asiento y el barbero continuaba con su charla pesada, enojosa, que no interesaba lo más mínimo ni a Jim ni a Margot, cada vez más impacientes.

Al fin fué Margot la que interrumpió al figaro.

—Oiga... hemos venido para que le afeite—dijo.

—Sí, señora, en este momento voy a servirle...

Sólo así logró Jim que le "limpiasen" el rostro.

Momentos después, sentados ante la mesa de un pequeño restaurante, Margot y Jim brindaban por su feliz encuentro.

—A tu salud, Jim.

—A la tuya, Margot. ¿Te he dicho que estás preciosa?

—No, no me has dicho nada.

—¿Te molesta que te lo repita?

—No — rió Margot, sumamente complacida de poder charlar con aquel muchachote fuerte, franco, bueno, un poco indiferente a todo,

pero con una delicadeza de sentimientos tan grande que lo hacía adorable.

—Parece que estás muy contenta, Margot... ¿Eres feliz?

—Sí, mucho. Harriett ha sido una hermana para mí y como hermanas nos queremos. Es ella la que ha querido que hiciera ese viaje a París, que me hace tanta ilusión. Y ahora que tú has vuelto... ¿qué me falta para ser dichosa?

Jim sonrió, agradecido por tan agradables palabras y, tras un breve silencio, bajando un poco la voz, preguntó:

—¿Qué sabes del pequeño? ¿Le has visto?

—No, Jim, no he tenido valor. Pero he sabido de él. Estuve muy preocupada cuando Philip Marshall se quedó viudo, pero luego he sabido que su hermana mayor se ha hecho cargo del niño y sé que es muy buena para él. Ahora dime algo de ti. ¿Te quedarás aquí de una vez o te vuelves a marchar?

—No, lo sé... Tengo que embarcar todavía más terneras—replicó Jim, fingiendo una gran preocupación.

—¿Terneras? ¿Qué terneras?

—¡Ah!... ¡No te lo había dicho? He venido en un barco que transporta terneras.

—¿Por qué?

—Porque me gustan... son pacíficas, dulces, agradecidas... nos llevamos divinamente — explicó Jim con mucha seriedad, con aquella cómica seriedad que le hacía más simpático.

—¡Oh, Jim, no quiero que te vuelvas a marchar! ¿No crees...

—¿Qué?

—... que podrías encontrar aquí algo que pudiera hacerte feliz... más feliz que tus pacíficas ternuras?

—Desde luego podría encontrar algo, pero no sé... si me haría feliz—balbuceó Jim, un poco confuso.

—Es verdad... Yo ni sé que que-

dándote la felicidad sería para mí —confesó Margot con ingenua franqueza.

—¿Quieres decirme disimuladamente que echas a tu amigo de menos?—inquirió él, sonriendo dichoso.

—Con toda franqueza, Jim, te echo mucho de menos. Tanto que... mira... si te marchas, mi viaje a París se suspende...

—¿Por tu viaje a París!—replicó Jim alzando su copa.

Para lograr aquella gran felicidad que ella le brindaba con tan entera confianza, debía hacer él algo, algo que consolidara su posición, algo que le hiciera digno de ella. Y estaba dispuesto a hacerlo.

París la aturdió un poco en el primer momento, pero Margot iba decidida a triunfar de todos los obstáculos, y aunque no dominaba el idioma, estaba segura de que no la engañarían fácilmente, pues ya Harriett la había instruido bien de todo lo que tenía que hacer.

Su primera discusión fué con un

taxista que, viéndola joven, inexperta, extranjera, desconocedora de la ciudad, le pidió, por una breve carrera, noventa francos.

—¿Noventa francos? ¡Nunca he pagado más de veinte por este mismo trayecto!—replicó Margot, indignada.

El chofer dijo algo que Margot

no entendió, pues hablaba de un modo rapidísimo.

—¡Pero si el hotel sólo está seis calles más allá!—dijo ella, queriendo convencerle de que la carrera había sido muy corta y de que el precio exigido era abusivo.

El chofer insistió en su exigencia.

—No le entiendo a usted una palabra — siguió diciendo Margot ante la insistencia del chofer en hablarle de aquella manera que resultaba para ella ininteligible—. Pero sé que noventa francos es demasiado y me niego a pagarlos.

Como la discusión subía de tono, un caballero que acababa de apearse de otro taxi, en el cual dejaba a una linda damita, se acercó al de Margot e intervino en el asunto.

—Señorita, ¿me permite? — suplicó el caballero en perfecto idioma de Margot, y rogando que se callara y dándole a entender con un gesto que él arreglaría el asunto.

Margot se quedó desconcertada y el caballero increpó duramente al chofer unos breves momentos, luego volvió a dirigirse en su idioma a Margot, diciéndole:

—Páguele los veinte francos, señorita.

—Se lo agradezco mucho, caballero.

—No hay de qué... ¡Alé!—ordenó el desconocido al chofer, y éste, "convencido", se alejó sin rechistar, cogido en su mala intención.

—El dinero no me importaba—explicó Margot, que aún estaba acalorada por la discusión—. Lo molesto es el engaño.

—Tiene muchísima razón, señorita. Es desagradable ser engañada y más por un tipo como éste.

—Gracias otra vez.

—Espere un momento... Soy el conde Juan de Corini—se presentó el caballero, que miraba a Margot con admiración.

—Tanto gusto.

—Es probable que necesite usted un intérprete; es un gran placer para mí ponerme a su disposición.

—Es usted muy amable, pero no me hace falta. Gracias — replicó Margot, ya un poco molesta por la insistencia del desconocido.

Y sin decir más entró en la casa de modas a la que se dirigía para ver los nuevos modelos entre los que ella tenía que elegir los mejores para llevárselos a Harriett.

Desfilaban ante ella las maniqués luciendo vistosos trajes, trajes de tarde, de noche, de teatro, de recepción, de cena, de té, trajes

para las carreras y para la mañana, trajes de tennis y de golf, trajes para todas las horas, para todas las ocasiones y para todas las circunstancias de la vida. Margot pensaba que si cada señora tuviera que ir siempre vestida adecuada para el momento, el día tendría que alargarse indefinidamente para que hubiera tiempo de cambiarse de traje.

—Por favor — rogó Margot a una de las maniqués que lucía un maravilloso vestido de noche—. ¿Quiere usted quitarse el abrigo? Quisiera ver la espalda del traje. Gracias.

Cuando volvió la cabeza vió sentado junto a ella al conde Corini.

—¡Ah! — exclamó, con un pequeño sobresalto—. ¿Otra vez?

—Desde el momento que la vi su belleza me cautivó... Sé que no podré escapar a su encanto—dijo él con vehemencia y apasionamiento.

—¡Ah!... ¿Sí?—musitó Margot, divertida por aquel tipo tan original.

—Es usted la más femenina, la más misteriosa, la más bonita de las mujeres que he conocido. Estoy muy enamorado. Caí en sus redes a la primera mirada. Estoy loco por usted.

—Es muy halagador. Pero es-

toy demasiado ocupada para escucharla.

—Eso no importa. Puedo esperar. Le haré el amor cuando no esté ocupada — replicó el conde de Corini resignado a todo.

—Le ruego me perdone. Tengo que trabajar—insistió Margot muy seria, porque le molestaba la asiduidad del conde.

—¿Cómo? ¿Trabajar? ¿Ha dicho trabajar? ¿Una mujer tan encantadora y distinguida como usted!

—Sí; debo trabajar. A ver, por favor, vuélvase usted—rogó a la maniquí que estaba ante ella—. ¡Es precioso! ¡Es una maravilla!

—El traje, sí — comentó el de Corini, al que no le había pedido su opinión—. El traje, sí, pero la modelo, no; muy delgada, sin forma alguna... No es como usted... Usted está hecha para la luna suave de la Riviera, para el romance, para el amor...

La maniquí le fulminó con una mirada de rencor, y Margot, para mostrar su disgusto ante el asedio del conde, cambió de sitio, pero él la siguió, cada vez más terco, diciéndole:

—*Pardón, s'il vous plaît!*... Es el amor lo que mueve el mundo. Por usted haría lo que me pidiera, cualquier cosa...

—¿Se marcharía de aquí?— preguntó Margot.

—Por usted soy capaz hasta de marcharme — aseguró Corini con su natural vehemencia.

Y se marchó, para que ella viera que era un hombre de palabra.

Poco después salía Margot a la calle y en ella se encontró, esperándola, al conde de Corini, que parecía querer convertirse en su sombra.

—¡Ah, mi admirada y encantadora señorita! Debe estar extenuada después de tanto trabajo...

—Creí haberle dicho que se fuera—replicó Margot, nerviosa.

—¡Y me fui... pero he vuelto! Es su cansancio lo que me preocupaba. Pero en París se descansa rápidamente. Iremos al *Café de la Paix*. Un aperitivo le sentará muy bien.

—No, gracias.

—¡Ah! Su voz es una caricia armoniosa hasta cuando dice "no"... Bueno, daremos un paseito por el *Bols*, en coche con un tranco de caballos, y luego iremos al *Café Madrid*.

—No, gracias.

—Ya sé... Cenará usted conmigo en la *Maison Dorée*. El sitio más selecto de París, la esencia de Francia. Allí sirven lo más exquisito del mundo. El pavo *bruslé*, tra-

fas con salsa de *champagne*, postre de grosellas con vino... y tienen un Chablis... ¡Oh, perfecto!

—Ahora ya está interesándose—sonrió Margot al solo enunciado de todas aquellas exquisiteces.

—Sabría que no podría resistir mis...

—No, no se haga usted ilusiones—interrumpió Margot, riendo.

—No es usted, es la comida lo que me interesa. A ver, ¿dónde está esa maravilla, la esencia de Francia?

—No la encontraría usted, es imposible. Ni los mismos franceses saben dónde es. No tiene más remedio que ir conmigo. ¿Dónde vive usted?

—En el Ritz.

—Bien. Iré a buscarla a las ocho en punto.

—¡Taxi! — gritó Margot, avisando a uno que acertaba a pasar.

—Al Ritz — ordenó Corini, abriendo la portezuela para dar paso a Margot, y fijándose en la cara del chofer, el mismo de antes; por pura casualidad, exclamó—: ¿Otra vez usted? Mucho cuidado con engañar a esta belleza que va en su coche, como ha querido hacer antes, ¿entiende?

—Sí, señor—contestó el chofer, ahora en perfecto idioma de Margot—. ¿Cómo voy a engañar a una

belleza... tan lista como la señorita, señor?

—¿Por qué no me dijo que hablaba como yo? — preguntó Margot, extrañada.

—¿Por qué no me lo preguntó usted?—inquirió a su vez el chofer con una risita burlona mientras daba marcha al coche y partía a toda velocidad por el cuidado pavimento de la *rue de la Paix*.

A las ocho en punto Corini fué al Ritz en busca de Margot. Cuando ésta apareció elegantemente vestida le besó la mano y comenzó con sus exagerados halagos:

—¡Ah, señorita, no salgo de mi asombro! ¡Está más exquisita todavía que esta tarde cuando la conocí!

—¡Imposible!—rió Margot, a la que divertía el carácter exaltado del conde—. ¿Cómo puedo estar más exquisita que esta tarde, si esta tarde me ha dicho que ya no podía estarlo más?

—Cuando un Corini se enamora, no hay nada imposible. Vamos a cenar.

La condujo a una de los restaurantes más aristocráticos de París.

—¿Qué vamos a hacer aquí?—inquirió Margot, un tanto desconcertada—. Creí que íbamos a ver el espíritu de Francia.

—He pensado que no iba a gus-

tarle. Además, la música aquí es mucho mejor para bailar. A ver, una mesa para dos — ordenó al *maitre*.

Este les situó en una de las mesas cerca de la pista de baile, una de las mejores mesas, porque Corini era un buen cliente. Y el conde encargó una cena delicada y escogida. Mientras esperaban que se la sirvieran, salieron a bailar.

—¡Ah, qué suavidad, qué ritmo! —exclamó Corini mientras bailaban dulcemente mecidos por la cadencia de la música—. Tengo la sensación de bailar con un cisne. Casémonos inmediatamente.

—Ea usted el hombre más loco que hay en el mundo — replicó Margot riendo con todas sus ganas—. Olvida usted que yo no soy de su clase. Yo tengo que trabajar para vivir.

—¡Oh, trabajar, trabajar!... Las chicas americanas sólo piensan en el dinero. Mis dos hermanos se han casado por interés. ¿Por qué no va un Corini a casarse por amor?

—Nadie puede impedirsele.

—No es fácil que tenga usted otra oferta como ésta.

—Desde luego, lo más seguro es que no me vuelva a ocurrir jamás una cosa así.

—Le advierto una cosa: cuando

un Corini pone los ojos en una mujer, nunca se le escapa.

Margot rió, rió mucho, pero pen-

só que sería muy difícil a un Corini como aquel, atrapar a una Margot como ella.

...

Al día siguiente, al salir Margot de su habitación del hotel y entrar en el ascensor, se encontró con un niño de unos cinco años, un chiquillo despierto, simpático, travieso, que la miró con unos ojillos vivos y azules como un delicioso cielo de primavera y que, disponiéndose a manejar el ascensor, vigilado con visible complacencia por el empleado, le preguntó con mucha naturalidad:

—¿Va usted abajo?

—Sí—contestó Margot, sonriendo al niño.

—Sé ir para arriba también—dijo el niño, dando otra marcha al ascensor y haciendo que éste emprendiera la marcha hacia arriba.

—¡Ah! ¿Sí?—rió Margot acariciando la cabecita rubia que se volvía hacia ella en una corriente de simpatía y de ternura—. ¡Eres una maravilla!

—Si quiere usted vamos arriba

primero y luego abajo y después otra vez arriba. Y a toda velocidad. ¡Verá qué bonito!

—Sí, vamos, no tengo prisa—concedió Margot, que encontraba delicioso al niño.

Empezó una carrera arriba y abajo del tubo. El chiquillo se divertía y Margot también y los dos se sentían dichosos en aquel juego inocente.

—Salta mucho... ¿verdad que sí?—inquirió el niño, abriendo mucho los ojos porque la velocidad del ascensor le asustaba un poco.

—Un poquitín solamente... Pero vamos a bajar ya, ¿quieres?

El niño la obedeció, y, al llegar abajo, salió radiante de gozo del ascensor y dijo a la *nurse* que le estaba esperando:

—¡He llevado yo el ascensor y lo he hecho muy bien!

—Pero habrás asustado a la señora—dijo la *nurse*.

—No, no, le ha gustado mucho, ¿verdad?

—Ha sido un viaje muy divertido, di que sí — aseguró Margot besando al niño.

Mientras la nurse arreglaba la corbata y el vestidito del niño, se acercó Margot al conserje y le dio algunas órdenes:

—Voy a Deauville unos días. Si hay correspondencia guárdemela usted.

—¿Deseará usted que le reserven habitación en Deauville?

—No, gracias. Ya la tengo pedida.

—¿Hay alguna carta para mí? preguntó el niño acercándose al conserje con aire de hombre importante.

—Voy a ver... Sí, hay una carta para el señor Rody Marshall. ¿Es usted ese caballero?

—¡Claro que sí! De sobra sabe que soy Rody Marshall—replicó el niño.

Margot tuvo que apoyarse en la mesa de la conserjería porque había sentido como un desvanecimiento al escuchar el nombre. ¡Rody Marshall!... ¡Era su hijo!... ¡Su hijo!... Y no podía cogerlo en sus brazos y llenarle de besos y caricias y lágrimas. ¡Ah, con qué ímpetu despertaba en ella el amor maternal, dormido en lo íntimo de

su corazón, aquel amor que había estado allí, latente, durante cinco años, y que ahora hacía sentir toda su pujanza en su alma de mujer y de madre! ¡Rody Marshall!... ¡Qué extraña coincidencia encontrarle así, súbitamente, cuando menos lo esperaba, lejos de Nueva York, en país extranjero, y haber sentido por él, sin saber por qué, una simpatía y una ternura que nunca hubiera despertado en ella otro niño cualquiera, estaba segura de ello! ¡Rody!... ¡Su Rody!... ¡Su pequeño Rody!... ¡Cómo había crecido desde aquel día en que lo había sacado de la cunita para entregarlo al matrimonio Marshall!...

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse. Era preciso no perder la serenidad. El niño debía ignorar en absoluto lo que pasaba por su corazón. El niño y todos los que con él estaban.

—¡Mire, mire, carta de papá!— exclamó Rody con alegría, inconsciente de los sentimientos que su nombre y su presencia habían despertado en el alma de su nueva amiga.

—Vamos, Rody, no molestes más a la señora—intervino la nurse.

—¿Me vas a leer tú la carta?—rogó el niño a su niñera.

—Sí, dame. "Querido Rody: co-

mo sé que el barco llega de un momento a otro, tendré que convertirme en ballena y saldré a alta mar a esperarte. Tenemos cinco palomitas nuevas y echamos mucho de menos a nuestro general. Besos de papá".

—¡Cinco palomitas nuevas! — palmoteó el niño dando bríncos de alegría—. ¡Cinco palomitas!... ¿Ha oído usted? ¡Tenemos cinco palomitas más!—dijo Rody a Margot que no dejaba de contemplarle con unos ojos grandes, dulces, buenos, unos ojos que para cualquier observador fino descubrían por sí solos toda la verdad del secreto tan codiciosamente guardado.

—Vamos, Rody, que tu tía nos está esperando. Despidete de la señora.

—¿Subirá conmigo otro día en

el ascensor? — preguntó el niño, estrechando la mano de Margot con un gesto de hombrecito bien educado.

—Siempre que tú quieras.

—¡Adiós, señora!

—¡Adiós, Rody!... — murmuró Margot, viéndole alejarse.

Luego se volvió al empleado del hotel y le preguntó:

—¿En qué barco se va ese niño?

—En el "Normandie".

—Cómprame usted un pasaje para el "Normandie" inmediatamente.

—¿La señorita no se marchaba a Deauville?—inquirió el empleado con alguna extrañeza.

—No, ya no... He de regresar a Nueva York... precisamente en el "Normandie".

* * *

Jugaba Rody sobre la cubierta del buque, al lado de su fiel nurse que no se separaba de él, pero que en aquel momento comenzaba a sentir el malestar terrible del mareo, cuando Margot se acercó al

niño y le saludó con un cariñosísimo:

—¡Hola, Rody!

—¡Hola! — correspondió el niño con alegría reconociendo a su amiga del Ritz—. No sabía que ve-

nia usted también en este barco.

—¿No?... ¿No te lo dije?... Se me habría olvidado — rió Margot, besándole la mejilla largo y silenciosamente.

La *nurse* se echó en una de las tumbonas y dió un suspiro de angustia.

—¿Se siente usted mal? ¿Quiere que le sirvan alguna cosa? — preguntó Margot con solicitud.

—No, no, gracias.

—Mi tía también está en cama enferma... También se mareó... ¿Yo no me mareo porque soy un hombre?

—¿Claro! — aseguró Margot, dando al niño toda la importancia que éste deseaba.

Luego insistió, dirigiéndose a la *nurse*:

—¿Por qué no se va usted al camarote a descansar? Yo quedaré al cuidado del niño. Está tranquila. Me gustan mucho los pequeños. No le dejaré ni un minuto.

La niñera se sentía tan mal que aceptó agradecida:

—Gracias, *mademoiselle*, gracias... ¿Estoy tan mareada?... ¿No sabe cuánto se lo agradezco?

Margot iba a contestar que la que le estaba agradecida era ella, porque así se podía quedar sola con su hijo. Pero se calló.

Rody no la dejaba. Había encon-

trado en Margot una amiga complaciente, buena, que se amoldaba a sus gustos y sabía seguirle todos los caprichos, y el chiquillo estaba entusiasmado, porque nunca la *nurse* había jugado con él como jugaba Margot, y tía María era demasiado vieja para jugar. A Rody le hubiera gustado que Margot fuera su tía, o su *nurse*, porque así lo pasaría mucho mejor. Pero por el momento estaba ya contento de tenerla a su lado y de poder jugar con ella a todos los juegos imaginables.

—¿Sabes montar en patinete? — le preguntó, mostrando el que él tenía, que era magnífico.

—No, pero probaré. ¿Qué velocidad tiene?

—Dicen que se puede ir a seis millas por hora. ¿No lo crees?

—¿Oh, eso es demasiado!... Casi no puedo creerlo.

—Vamos a probar... En marcha.

Margot subió con el niño al patinete y emprendieron veloz carrera, pero tropezaron con un pasajero que iba ante ellos buscando afanosamente a alguien, y cayeron los tres al suelo.

A carcajadas reía el niño y también Margot, porque ninguno se había hecho daño y una caída es siempre cómica, y cuando Margot

se fijó en el rostro del pasajero que con ellos había caído, exclamó, más divertida todavía:

—¡El conde Corini! ¿Pero qué hace el señor conde en este barco?

—Le advertí que no se me escaparía. Los Corini somos hombres muy tenaces.

—Pero yo creí que usted...

—No crea usted nada. Estoy aquí. Ya lo ve usted.

—Siento mucho haberle tirado —dijo Rody, que se había sacudido su vestidito—, pero este patinete es muy rápido y no he podido evitarlo.

—Sí, sí, ya lo he visto —replicó el conde distraídamente porque sólo tenía ojos para mirar a Margot.

—Conde Corini —dijo ésta—, le presento a mi mejor amigo, Rody Marshall, su rival.

—Mucho gusto en conocerle, señor —dijo el niño con su natural franqueza, tendiendo su manita en un gesto cordial y cariñoso.

Corini estrechó aquella manecita diminuta y dijo con una cómica seriedad:

—Lamento no saludarle con el mismo entusiasmo. Somos rivales. Nos batiremos a pistola y a diez

pasos; mis testigos irán a su casa a visitarle... dentro de... veinte años.

—No sé de qué habla ese señor —murmuró Rody en voz baja a Margot, encogiéndose de hombros muy extrañado.

—No te preocupes. No lo sabe nadie. Ni él mismo —replicó Margot riendo.

—Quiero jugar más.

—Sí, Rody, vamos a jugar... Anda, vamos... —dijo Margot, volviendo a montar en el patinete.

—No, no, por favor —suplicó Corini—. Ahora no. Tengo que hablar con usted a solas.

—Venga usted también con nosotros. El ejercicio es bueno para la circulación.

—Mi circulación es perfecta, quizá demasiado perfecta... —replicó Corini.

Pero como Margot no le hiciera el menor caso y se marchara con el niño, Gino Corini tuvo que someterse y convertirse en el compañero infatigable de los juegos infantiles del niño si quería estar siempre al lado de Margot, porque Margot no se separaba de Rody más que las horas precisas que el niño tenía que dedicar al sueño.

...

Aquella mañana Corini y Rody hicieron carreras de natación en la piscina, contempládoles Margot sentada en un sillón de mimbrés junto al borde.

—¡Yo he ganado! ¡Yo he ganado!—gritaba Rody, feliz de verse el triunfador y sin darse cuenta de la ventaja que su amigo le había concedido.

—Rody, algún día te proclamarán campeón de natación—aseguró Margot, que nunca había estado tan bella como entonces, porque nunca, hasta entonces, había sentido en todo su poder el maravilloso don de la dicha completa.

—Gino... haz la ballena otra vez—rogó Rody, que llamaba ya al conde de Corini por su nombre propio, mientras Margot lo cogía en sus brazos y lo secaba amorosamente.

—No... tengo otra idea más bonita todavía. Verás. Vente conmigo y vamos andando hasta que el agua nos llegue al cuello.

—¡Pero tu cuello está más alto

que el mío!—repuso el niño, al que no se podía engañar con facilidad.

—¡Ahí está la gracia!—rió Gino Corini, que también sentía simpatía por el niño.

—¿Crees que iba a engañarte, Gino? — preguntó Margot, que se había acostumbrado a llamar así al conde a fuerza de oírle pronunciar aquel nombre a Rody.

—Gino, haz otra vez la ballena—insistió el niño.

—¡Ah, Margot, se lo suplico!... ¡Estoy extenuado! Este niño es demasiado exigente. ¿No podríamos dejarle y marcharnos a tomar un coctel?

—No, no... Vamos, Gino, sea usted complaciente y haga la ballena sólo una vez más.

—Pero ésta es la última—replicó Gino sometiéndose al capricho de Rody porque Margot se lo pedía.

Pero cuando Gino hubo hecho la ballena, Rody insistió, infatigable:

—Ahora hazme la plancha.

—No, Rody; ahora hay que dejar en paz a Gino. Está muy cansado el pobre.

—Gracias, Margot, es usted un ángel. Algún día le devolveré todo el bien que me hace en este momento.

Rody y Margot rieron por el cómico aspecto de Gino Corini que se alejó para ir a vestirse después de aquel rato de juegos infantiles y de fatiga física.

—Rody, cariñito, ya es hora de irnos. ¿Quieres?—dijo Margot besando al niño con aquella ternura que Rody no había sentido nunca tan cerca de sí.

—¿No podemos jugar más? Sólo un poquito. Luego dormiré la siesta. Te lo prometo.

—¿Pero si nos queda mucho tiempo para jugar! Aún faltan dos días para llegar a Nueva York.

—¿Dos días es muy poquito tiempo! ¡Me divierto tanto cuando estoy contigo!

—Y yo también. ¡Quisiera que este viaje no acabara nunca! —murmuró Margot, estrechando al niño sobre su corazón.

Por la tarde tuvieron que someterse Margot y Gino a un nuevo capricho del niño y visitaron el departamento de máquinas y calderas, de donde salieron llenos de tiz-

nones y con los vestidos sucios por todas partes.

—¿Qué bonito! ¡Cómo me ha gustado todo! —exclamaba Rody loco de júbilo cuando volvían de las salas de máquinas.

—Muy bonito. No creí que fuera tan interesante—aseguró Margot.

—Sí... ¡son divertidísimas!—exclamó Gino con acento desesperado.

—Mira, Margot, Gino tiene la cara sucia.

—Y tú también—replicó Gino prestamente, porque siempre trataba al niño como un verdadero rival.

Rieron todos y Gino preguntó al capitán, que les había acompañado en aquella larga visita de inspección:

—¿Hemos estado en todas partes?

—En todas.

—¿Lo hemos visto todo?

—Todo, sí, señor.

—Gracias. ¡Por fin me puedo quedar tranquilo! Me voy a la cama a descansar. ¡Después del paseito, bien ganado me lo tengo!

—Cuando seas mayor, ¿te gustaría ser ingeniero?—preguntó el capitán al niño, al ver la afección que había puesto en inspeccionarlo todo y las mil y una preguntas que

había hecho acerca del funcionamiento de todo el complicado mecanismo.

—No. Cuando yo sea mayor conduciré un automóvil a toda velocidad, que es lo que más me gusta — contestó Rody muy convencido.

Y Margot, llena de horror, recordó al pobre padre del niño, muerto en accidente... por ir a toda velocidad.

—Da las gracias a ese señor por lo bien que nos ha atendido—dijo, para cortar la conversación.

—Muchísimas gracias—pronunció el niño, dando su manita con aquella gentileza que cautivaba a cuantos le conocían.

—No hay de qué, precioso. Ven cuando quieras y trae a mamá contigo.

—¿Esta no es mi mamá?—replicó prestamente Rody—. Es Margot, una amiguita mía. ¿Ha creído que eras mamá!... Mi mamá se fué al cielo — explicó en todo su inocente candor.

Margot sintió que la sangre se le agolpaba al corazón. Debía haberse quedado intensamente pálida y, para disimular la turbación que las palabras del niño le habían producido, se inclinó hacia él y le dijo:

—Vamos, vamos a limpiar esa carita...

Le cogió de la mano y se alejó rápidamente, antes de que el capitán pudiera penetrar en la intimidad de su alma a través de las abiertas ventanas de sus ojos por los que asomaba toda la luz interior que la iluminaba, toda la luz de su amor de madre que hora a hora se iba haciendo en ella firme y fuerte e inmortal.

Al día siguiente, Gino, que al fin había conseguido que Margot le concediera una entrevista, llegó al puente antes de la hora indicada.

—¿Cree usted que el sitio más tranquilo es el puente?—preguntó a un oficial del barco que pasó por su lado.

—Sí, señor, aquí no le molestará nadie. Es el lugar más apacible de todo el barco.

—¡Gracias!... ¡Al fin!—suspiró para sí, contento de haber vencido.

Pero su alegría duró breves instantes, porque Margot llegó con Rody que corrió al encuentro de Gino, saludándole con afecto:

—¿Cómo estás, Gino?

—¡No, no, no, Margot, no era esto lo convenido! — replicó Gino llevándose las manos a la cabeza.

—¡Yo creí que íbamos a estar so-

los! ¡Siempre tiene usted que ir con él!

—Claro, ¿por qué no? ¡Es mi mejor amigo!

—¿No se le escapa nunca?

—¡Nunca! Es muy formalito... ¡Ah, qué sitio más agradable! ¡Cómo apetece la soledad! Ven, Rody, vamos a sentarnos un ratito aquí, a tomar el sol. Siéntese, Gino — ofreció Margot instalándose en una de las tumbonas y haciendo que el niño se sentara a su lado.

—No me explico cómo tolero esto—grufió Gino, un poco enfadado, esta vez casi de veras enfadado.

—¿No era lo que estaba deseando? Ya estamos juntos y sentados al sol.

Gino no contestó y se volvió de espaldas a ella.

—¿Qué le pasa a Gino? ¿Está mareado?—preguntó Rody.

—No, creo que ya está harto de nosotros —replicó Margot en voz baja.

—¿Quieres leerme un cuento?

—Sí.

—¡Pero no repita "El pequeño Sambo", por favor!—suplicó Gino.

—¡Ja, ja, ja!—rió Margot. Y le preguntó a Rody—: ¿Dónde quedamos la última vez?

—¡Ya me acuerdo!... "Le puso sus mejores vestidos y le llevó a

través de la selva..." Siga, siga usted—apuntó Gino, que ya se sabía el cuento de memoria.

Margot siguió contando:

—Al poco tiempo encontró un tigre y el tigre dijo al pequeño: "Negrito Sambo, voy a comerte ahora mismo", y el pobrecito Sambo dijo: "Por favor, señor tigre, no me coma usted y le daré mi abrigo rojo, que es una preciosidad".

—¿Y el tigre qué dijo? — preguntó Rody muy interesado.

—"Está bien, te perdono por esta vez, pero tienes que darme el abrigo que me has prometido". Y el tigre quitó su abrigo al negrito Sambo.

—Y entonces dijo el tigre: "Soy el mayor tigre de la selva"—murmuró Corini.

—¡Oh, Gino sabe el cuento de memoria! — exclamó Rody, admirado.

—Sí... ¡a la fuerza! — suspiró Gino con cómica resignación.

No tuvo más remedio que someterse, en aquellos cuatro días de travesía que en París soñó encantadores, a ser el compañero eterno de Rody y a que Rody se interpusiera siempre y constantemente entre él y Margot, la mujer más bella de la tierra, la de mayor dis-

tinción, la mujer por la que había éi en sus momentos de vehemencia enloquecido de amor, como decía y apasionamiento.

* * *

A la mañana siguiente el "Normandíe" atracaría en el puerto de Nueva York. La travesía llegaba a su fin. El paraíso se acababa para Margot. Tendría que separarse de Rody ahora que ya Rody era el mundo entero para ella.

—Mañana llegamos, Rody... ¿Te vas a acordar mucho de mí?—le preguntó antes de darle las buenas noches.

—¿No irás a mi casa alguna vez a verme? — preguntó Rody, que también sentía tener que separarse de aquella amiguita con la que se había divertido más que si hubiera sido un niño de su misma edad.

—Sí puedo... iré... pero estoy muy ocupada... Tenemos que despedirnos ahora, ¿quieres? Mañana, en el puerto, nos veremos un momento al llegar...

—Bueno, sí... adiós... — murmu-

ró el niño un poco entristecido, aunque no podía darse cuenta de todo lo que para Margot representaba aquel adiós.

—¿No quieres decirme "Adiós, Margot"?—rogó ella.

—¿Por qué?

—Porque es mi nombre... y cuando se es buenos amigos se dice siempre el nombre.

—¡Adiós, Margot! — repitió el niño.

—Buenas noches, Rody—replicó Margot con la voz ahogada, conteniendo sus sollozos, sintiendo que la emoción la iba a traicionar y sonriendo al mismo tiempo para disimular aquella angustia que le acongojaba el alma.

Supo vencerse a sí misma y el niño la vió alejarse riendo y echándole besos con la mano.

* * *

Al día siguiente llegaron a Nueva York. Los pasajeros descendían apresuradamente y se entregaban a las expansiones familiares del arribo. Por todas partes había alegría, abrazos, besos, preguntas sin fin, y se hablaba en todos los idiomas y en todas las jergas del mundo por aquella avalancha de gente que descendía de la gran nave que les había transportado del viejísimo al más nuevo de todos los Continentes.

Marshall había ido al puerto acompañado de Jessica, su futura segunda esposa que aún no conocía al niño, y Rody se arrojó a los brazos de su padre con aquella espontaneidad tan deliciosa, tan franca, tan ingenua que hacía del chiquillo algo encantador y sumamente simpático.

Philip Marshall besó a su hijo y a su hermana. Estaba contento de tenerles otra vez cerca de sí. Miraba al niño y le encontraba erizado y cambiado, aunque el viaje sólo se había prolongado unos pocos meses.

—El niño está espléndido y tú también traes muy buena cara, María—dijo Philip a su hermana.

—¡Imposible! He venido mareada todo el viaje.

—Y la *marre* también ha estado mareada todo el tiempo. El único que no se ha mareado he sido yo, y el capitán decía que yo era un lobo de mar pequeñito. ¡Me he divertido mucho y he jugado mucho! —explicó Rody, mientras buscaba con los ojos a su compañera de juegos, a aquella señora que tan buena había sido con él y que él no consideraba como una señora, sino como una divertidísima compañera de juegos.

Margot abrazaba en aquel momento a Harriett, que había ido a esperarla y a la que consideraba como una verdadera hermana.

—¡Oh, qué alegría estar contigo!—exclamó Margot.

—¡Más alegría tengo yo! ¿Cómo te ha probado el viaje? ¿Pueda saberse qué has hecho? ¡Estás tan cambiada! —murmuró Harriett,



—¿Dónde le han llevado?... ¡Quiero verlo!



—Su secreto sólo lo sobremos usted y yo nada más.



—Señorita Weston... la señorita Martin.



—Desde el momento que la vi su belleza me cautivó...



—Rody Marshall!... ¡Era su hijo!... ¡Su hijo!



—¡Yo no me mareo porque soy un hombre!



—Somos rivales. Nos batiremos a pistola.



—Me voy a la cama a descansar.



—No quise esperar hasta la noche. Tenía necesidad de verte cuanto antes.



—Sabía que estabas y he venido a verte.



—Supongo que no le molestará que el conde Corini haya venido acompañándome.



—Oye, papá, ¿por qué no viene Margot a vivir con nosotros?



—En una palabra, Philip Marshall es sólo un bonito negocio para usted y no quiere perderlo.



—Jessica salió para Inglaterra anoche...



—Este secreto es tuyo y mío, no lo olvides.



—Rody, ¿quieres que venga a vivir aquí contigo, para siempre?

escrutándole los ojos con una mirada interrogadora.

—¿Qué tengo de particular?

—Que te rebosa la felicidad por todas partes, que tus ojos brillan con una dicha nueva, y yo sé que sólo por una razón puedes ser tan feliz...

—Es por mí—interrumpió Corini, presentándose con aquella simpatía suya tan meridional que divertía tanto a Margot.

—¿Por usted? —inquirió Harriett, mirando a Corini y a Margot, sin acabar de comprender.

—Claro que sí. He aportado emoción, alegría y amor a su vida.

—Harriett —dijo Margot atajando la verborrea del conde—, este señor tan impulsivo es el conde Giovani de Corini. La señorita Martin—presentó.

—¿Es un conde auténtico?—rió Harriett, tendiendo la mano a Gino.

—Eso dice él... ¡pero como habla tanto!

—No digo más que una cosa, aunque de mil maneras distintas: la amo, la adoro y debe casarse conmigo.

—¿Estás viendo? El lo arregla todo en seguida—explicó Margot riendo—. ¿No ha venido Jim?—preguntó luego, mirando a todas partes por si descubría la cara

simpática, abierta, franca, jovial y aturdida del muchachote por el que sentía una especial predilección.

—Ya sabes que no le gusta el barullo. Por eso no ha venido.

—¿Margot!... ¿Margot!...—gritó la voz de Rody llegando hasta ella.

—¡Creí que no la iba a encontrar! ¡Pero soy un buen detective!

—¿El tigre no te ha comido aún?—preguntó Gino volviéndose al niño con cara que fingía un gran enojo que estaba muy lejos de sentir, porque el chiquillo le tenía cautivado el corazón.

—¿Tonto!... ¡No se atrevería con un detective!...

—¿Hum!—gruñó Gino—. Si no me marchó querrá convertirme en caballo de mar dentro de un ratito, y si el nene lo quiere lo querrá Margot, y si Margot lo quiere, yo lo tendré que hacer... ¡Adiós, hasta mañana!... *Au revoir!*

—¿De verdad vas a casarte con él?—preguntó Harriett cuando el impulsivo Gino se hubo alejado por entre la multitud.

—¿No imagines tal cosa!... Esto es mi único amor, Harriett—confesó Margot presentando al niño. —Yo no puedo quererle más que a él... Es Rody Marshall...

—Has tenido buen acierto—replicó Harriett emocionada porque

conocía la historia de Margot—
¡Un hombre de porvenir!... Te de-
jo con él. Dame las llaves y yo me
ocuparé de los trámites de la adua-
na. ¡Es un chiquillo precioso!

—Gracias... ¿Verdad que sí?—
sonrió Margot con orgullo mater-
nal, acariciando al niño.

—Mira, aquí está papá... quiero
que te conozca—dijo Rody presen-
tándole a su padre, que acababa de
llegar junto a ella.

—Papi... papi... ésta es Margot,
mi amiguita del barco.

—Mucho gusto — saludó Philip
Marshall inclinándose ante Mar-
got.

—Encantada. Soy Margot Wes-
ton. Rody y yo nos hemos hecho
grandes amigos durante el viaje.

—Mi hermana me ha hablado
mucho de usted. Gracias por ha-
ber sido tan amable con el niño.

—Yo también he sido muy bue-
no con ella... Nos hemos divertido
mucho, hemos nadado juntos, me
enseñó el cuarto de la radio y la
sala de máquinas y todo lo que se
puede ver de un barco.

—Rody unquilla a sus amistades
—rió Philip Marshall—. Pero veo
que usted ha supervivido...

Y como Jessica se acercara a
ellos, Marshall hizo las presenta-
ciones de rigor:

—La señorita Weston... la seño-
rita Redd.

Las dos mujeres se saludaron
sin cordialidad. Jessica tenía la
mirada fría y dura. A Margot, sin
saber por qué, no le fué simpáti-
ca.

—La señorita Martín, a quien
conozco, me ha dicho que ha ido
usted a París a elegir los modelos.
Iré por su casa a admirarlos—dijo
Jessica con altivez, tratando a
Margot desde un plano de superio-
ridad que la molestó.

—Cuando quiera. Tendremos
mucho gusto en mostrárselos—di-
jo Margot, sin olvidar la forma
cortés con que hay que tratar siem-
pre a la clientela.

—Señorita Weston, un millón
de gracias por todas las atenciones
que ha tenido con mi hijo—dijo
Philip, despidiéndose.

—¡Oh, no hay por qué darlas!
—murmuró Margot, desconcerta-
da, porque no eran atenciones lo
que ella había tenido con el niño,
sino que era amor, un amor que
nunca Philip Marshall podría sen-
tir por el pequeño, porque el pe-
queño era sólo suyo, únicamente
suyo.

—¡Adiós, Margot! Acuérdate
de venir a vernos—dijo el niño.

—Sí, vaya usted, nos dará una
alegría—insistió Marshall.

Margot se despidió de ellos y fué a reunirse a Harriett que la esperaba.

—Esa cliente no puede escapárseos — dijo la propietaria de la casa de modas, con aquella experiencia que le habían dado sus largos años de práctica.

—¿La señorita Redd?—inquirió Margot—. ¿Por qué?

—Porque comprará todo el *trousseau*. Se va a casar con Philip Marshall.

—¡Ah!... ¿Sí?—murmuró Margot, sintiendo una extraña angustia.

—Eso sí que es suerte, ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo!—suspirió Margot pensando únicamente en el niño.

Fueron a la aduana para todos los trámites y Harriett, que gustaba siempre de embromar a su amiga, le dijo:

—¡Es algo maravilloso lo que puede el amor!

—¿A qué te refieres?

—Al pobre Jim.

—¿Jim?... ¿Qué le ha pasado?... Dime, cuenta, habla—dijo Margot apremiante, porque quería a Jim de veras, le quería con un cariño del que casi ni ella misma se daba cuenta, pero que se hacía sentir vivaz y fuerte en cuanto sabía que Jim estaba ausente o temía que al-

guna desgracia hubiera podido ocurrirle.

—Algo extrañísimo... ¡Está trabajando como un negro!

—¿Trabajando?... ¿Es cierto?... ¿Se ha quedado aquí a trabajar?... ¿Ya no se va a hacer aquellos absurdos viajes?

—Se ha quedado aquí a trabajar. Está en el departamento de investigaciones del Instituto Rockefeller.

—¡Qué alegría! ¡Esta sí que es una noticia!... Vamos, vamos, pronto... despachemos en seguida, tengo mucha prisa — murmuró Margot, que hubiera querido volar a abrazar a Jim para darle la enhorabuena.

—Bueno, bueno, no te pongas nerviosa. Esta noche irá a cenar con nosotras.

—No puedo esperar hasta la noche. Quiero verle inmediatamente. ¡Voy ahora mismo a verle!

Harriett se quedó riendo y se ocupó de todo lo de la aduana, dejando que Margot corriera al encuentro de Jim. Aquellos dos seres estaban hechos el uno para el otro, y ella estaba contenta de que así fuera, porque a los dos les tenía un cariño fraternal y su mejor dicha hubiera sido verles completamente felices a los dos.

* * *

Como una tromba entró Margot en el laboratorio donde Jim estaba trabajando y le interrumpió bruscamente, con una alegría que no podía disimular.

—¡Llevo dos semanas persiguiendo este microbio... y ahora se escapa por ti!—exclamó Jim dejando las redomas y los aparatos en que trabajaba y fingiendo haberse enojado por aquella súbita interrupción.

—Haremos que vuelva... Podemos silbar, o cantar alguna musicalilla de esas que están de moda.

—No es fácil que vuelva ese monstruo. Hay que esperarle con mucha paciencia. ¡No tienes idea de lo que es este trabajo!—murmuró Jim muy seriamente.

Margot se puso a tono con él.

—Doctor Harward, está usted hoy muy serio, perdón que le haya interrumpido en su momento más difícil.

—¡Margot! Ven aquí, Margot, ven aquí—replicó Jim, cogiéndola por la mano y atrayéndola a sí.

Ella sonrió dichosa.

—No quise esperar hasta la noche. Tenía necesidad de verte cuanto antes.

—¡Y te habrás desilusionado!... No soy más que un simple ayudante...

—¡Eso no tiene importancia!... Trabajas en lo tuyo, que es lo que debe ser. Jim, estoy orgullosa de ti.

—Ya puedes estarlo. Todo lo he hecho en tu honor...

Margot bajó los ojos, fué a decir algo, se calló, miró a Jim y de nuevo pareció que algo iba a salir de sus labios.

—¿Qué tienes que decirme, Margot?—inquirió Jim, animándola.—¿Qué es? Vamos, di.

—¡Le he visto!—exclamó Margot, bajando la voz como si temiera que hasta el aire pudiera descubrir su secreto.

—¿A quién?

—A Rody.

—¿Dónde?

—Nos encontramos por casualidad en un ascensor, en París... ¡Ah, Jim, es un encanto! Averigüé

que era mi hijo y hemos venido en el mismo barco. Para los dos han sido unos días de felicidad. Y Philip Marshall fué a esperarle, me ha conocido y me ha invitado a ir a su casa...

—Supongo que no tendrás intención de aceptar—dijo Jim, volviendo a su seriedad.

—¿Por qué no?

—Porque no — replicó él con aquella razón suprema que no admite explicación alguna, porque las contiene todas en su insignificancia.

—Di, Jim, ¿es demasiado esperar tener a mi hijo algún día conmigo? — preguntó Margot tímida-mente.

—Claro que es demasiado.

—¿Por qué razón? Philip Marshall se va a volver a casar. ¿Por qué no puedo hablarle y decirle que Rody es mi hijo? ¿Por qué no puedo confesarle toda la verdad? Es posible que no se niegue a devolverme a mi hijo.

—¿Estás en tu juicio, Margot? — preguntó Jim, mirándola fijamente.

—¿Es mi hijo?... Hemos pasado cuatro días juntos... tan cerca uno de otro... tan felices y tan contentos... — murmuró Margot como si hablara consigo misma. — ¿Crees que es tan sencillo olvidarle?

—Es preciso. Ya no te pertenece. El pacto que hiciste has de mantenerlo. ¿No recuerdas lo que dijiste un día: "No puedo ni darle un nombre"?

Margot sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos, pero las venció. Se había acostumbrado a dominar sus sentimientos, sobre todo sus sentimientos tristes, porque no tenía derecho a hacer pagar a los demás las horas de amargura que ella misma se había buscado, y luego replicó, mirando a Jim con aquellos grandes ojos brillantes y bellos que habían hecho el milagro de hacer trabajar a aquel empedernido trotamundos:

—Tienes razón, Jim, estaba ofuscada. No te preocupes. Mantendré mi palabra. Mi hijo tiene un hogar, un nombre, una posición social... ¿No tengo derecho a destruirle en un momento todo su porvenir?

—Así me gusta oírte.

—He tenido mucha suerte. No merezco lo que el destino me ha concedido. A Rody no le falta nada. Y ahora Philip Marshall se va a casar con una mujer encantadora. ¿Qué más puedo desear?

—¿Eso digo yo! — asintió Jim.

—Y para esto... te he distraído de... de seguir trabajando... — murmuró Margot, un poco confusa.

—¡Bah, lo dejo todo ahora mismo!

—No, no hagas tonterías. Tú te quedas aquí a reconquistar a ese ingrato que se te ha escapado. Yo me voy a trabajar... Esta noche cenaré contigo.

—Bien. Cuando pruebes un *beaufsteack* hecho por mí, todos los

del mundo te parecerán despreciables.

—¡No consentiré que me hagas la competencia! — interrumpióle Margot—. Soy una gran cocinera y quiero demostrártelo.

—Hasta la noche... y veremos quién gana.

—Hasta la noche, Jim.

* * *

Por la noche Margot fué a esperar y, tras mercar provisiones de boca, le llevó a su casa. Al entrar en el portal el portero le advirtió:

—Señorita Weston, el ascensor no funciona.

—¿Y tardarán mucho en arreglarlo?

—No lo sé, porque estamos sin corriente en toda la casa.

—¡Bueno! Tendremos que ir a casa de Toni y que nos haga él la comida—dijo Margot.

—¡Nadie podrá impedirme que luzca esta noche ante ti mis habilidades culinarias!—profió Jim—. Es el único medio que tengo para que me admires. Esto hará aumen-

tar mi calificación. ¡Animo, amiga, subiremos andando!

—¡Andando!... ¡Si son catorce pisos! No llegaremos ni a las diez.

—Mejor es tardar un poco que morirnos de hambre... Vamos...

—Vamos...—replicó Margot, resignándose.

Comenzaron la ascensión. Cada piso que alcanzaban ponía un poco más de fatiga en las piernas y en los pechos, que jadeaban ya.

—Después de este alpinismo—dijo Margot apoyándose en la barandilla y descansando un momento en un rellano—, ¡no faltaría ya más que la comida no estuviera buena!

—Un poco de ejercicio abre el

apetito — aseguró Jim, que tenía más resistencia y seguía ascendiendo.

—Tengo otra queja contra ti... ¡No eres un caballero!

—¿Esperabas que te subiera a cuestras?—preguntó él, con su aire despreocupado y bonachón.

—No; pero si en esta excursión me hubiera acompañado un caballero, no subiría cargada con tantos paquetes.

—Perdona... ¡eso no es lo moderno! Mi abuela tenía la mala costumbre de llevar a mi abuelo al mercado de burro de carga. Hoy los hombres somos más viriles y sabemos imponernos. ¡Los paquetes los han de llevar las mujeres! ¿Hemos llegado? — preguntó Jim, sonriendo de su superioridad y soltando una carcajada al comprobar que el ascensor funcionaba ya.

—Sí. Esta es la puerta.

—Cerrada.

—La llave está en mi bolso, pero, ¿ves?, se me caen los paquetes, y es que no tengo bastantes manos para buscarla.

—Yo la buscaré... A ver... sí... aquí está... ¡No, si es el lápiz de los labios!... ¡Ah, qué endiablados son los bolsos de mujer!... ¡Aquí está! — exclamó Jim, triunfalmente, después de haber hurgado por

todos los rincones del bolso de Margot.

Entraron en la casa que Margot tenía arreglada con femenina coquetería, y fueron de rodón a la cocina, porque el hambre se dejaba sentir.

—Yo me perdería en esta cocina... — exclamó Jim que estaba acostumbrado a guisar en su propia habitación con un simple hornillo eléctrico. — ¿Cuál de estos chismes es el fogón?

—Tengo el horno que mejor funciona de todo el mundo — replicó Margot con orgullo de ama de casa. — Esto es el fregadero y esto el fogón, ¿no lo sabes ver?

—Nunca he guisado en una cocina tan complicada.

—¿Estás preparando una disculpa para no guisar?

—¿Dónde está la sartén?

—Aquí.

—¿Yo te hago un *beafsteack* en cualquier cacharro! Me da lo mismo. No necesito tener todos esos utensilios para hacer algo super-exquisito. ¿Qué cuchillo utilizo?

—Ese mismo.

Jim se movía de un lado para otro desarrollando gran actividad, pero en realidad no sabía bien por dónde empezar.

—Esta cocina no sirve para nada. No calienta — dijo, después

de haber puesto la sartén sobre el fogón.

—¿Qué tonterías dices! ¡Siempre ha marchado bien!... ¡Ah... es que no tenemos corriente! ¿No te acuerdas que el portero nos lo ha dicho antes de subir?

—¿Hace tanto tiempo de eso!—replicó Jim con un gesto vago, como si la ascensión al piso catorce hubiera durado algunos años—. ¿Tienes chimeneas?

—Sí, pero no sirve para guisar. Está de adorno nada más.

—Entonces vamos a quemar los muebles y haremos una hoguera aquí mismo, en el suelo, como si estuviéramos en el campo. Estoy decidido a freír estos filetes.

—No, no, espera, voy a decirle al portero que nos dé la corriente, puesto que el ascensor ya vuelve a funcionar.

Pidió por el teléfono que les dieran la corriente y la cocina funcionó.

—Si no hemos comprado bastante comida—dijo Jim mientras se disponía a deshacer los paquetes que Margot había acarreado según sus "modernas teorías"—me pongo a llorar. ¡Tengo un hambre! ¿Qué hay aquí? Queso... ¡Y los crackers?

—Sé que los hemos traído, pero puede ser que los hayamos perdi-

do por el camino. ¡Como he tenido que cargar yo con todo y sólo tengo dos manos!

—¿Y esto qué es?

—Un pollo asado—replicó Margot triunfalmente.

—¿Por qué traes pollo asado con los filetes que yo voy a hacer?

—Porque no confío mucho en tu arte culinario. Por eso he comprado este pollo, por si acaso teníamos algún accidente. ¡Y ya estás viendo que tendremos que acabar comiendo el pollo!

—¿Qué te parece la niña? ¡Mucho has aprendido en Europa! Mis *beafteaks* se han hecho famosos y tú me insultas con un pollo... ¡Y además frío!... En castigo toma el cuello—dijo Jim muy serio, pero dándose por vencido, porque ni la cocina funcionaba bien ni él sabía cómo hacer un *beafteak* bien hecho.

—¡Bravo!... ¡El cuello!... Soy la menor de seis hermanos y nunca me tocaba más que el cuello el día que había pollo en casa... ¡Me encanta!

—¿Un poco de lechuga?—ofreció Jim, sirviéndola—. Cómatela sin aliñar, es mucho más sano. A ver, ¿dónde está el vino?

—Aquí.

Jim cogió la botella y la abrió

de un sistema muy primitivo, golpeándola por la base.

—¡Me gusta el sistema!—murmuró Margot fingiendo enfado—. ¿Por qué no lo has hecho contra la mesa?

—¿Tratas de enseñarme?

—Sí, señor. ¿Te molesta?

—No... ¿De ti lo admitió todo!—aseguró Jim con una risotada feliz, mirando con amor a Margot—. ¡Por tu feliz regreso, Margot!—brindó, alzando su vaso.

—Te vuelves viejo, Jim, repites las cosas.

—Cuando merecen la pena—corrigió él—. ¿No te gusta saber que estoy contento?

—¡Claro que sí!

—Pero no te vuelvas a marchar...

—No... mientras tú estés aquí...

—contestó Margot, estrechándole

la mano que él había cogido entre las suyas.

—Ahora los *beufsteaks*... Veamos qué tal están—dijo Jim, que no gustaba de ponerse sentimental y que siempre cortaba con alguna cosa vulgarota los momentos en que sentía que el corazón iba a hablar demasiado alto.

Se acercaron a la cocina y vieron lo que quedaba de la carne puesta a freír: carbón puro.

—¡No podrás decir nadie que no están bien pasados!—exclamó Jim, y rieron los dos, con esa risa franca y jovial que sólo da la dicha inocente de dos corazones que se quieren y que no necesitan decirse con frases rebuscadas ni con complicaciones espirituales para tener la seguridad de que están unidos, muy unidos, fundidos en uno solo para siempre y para toda la vida.

* * *

Margot era dichosa. Trabajaba con mayor afán. Se sentía feliz con el cariño de Jim y con la seguridad de que Rody, su hijo, tenía ante él un porvenir brillante, a cu-

bierto de toda preocupación. El Destino no podía haberle trazado una senda más bella que aquella por la que marchaba con paso sereno y firme, resuelta a no torcer

la, dispuesta a arrostrar los sinsabores que la vida quisiera traerle mientras no le faltase nunca el amor de Jim que diera calor a su corazón, la seguridad de que Rody era dichoso para que su alma estuviera tranquila, y la tranquilidad de un trabajo que aseguraba su existencia y le creaba una independencia absoluta.

En el salón de pruebas de la casa de alta costura de Harriett, Margot atendía a la clientela cada día más numerosa y daba consejos a las clientes que titubeaban entre un vestido u otro, entre el color de una tela o entre el detalle que había de dar originalidad al modelo.

Una tarde, una de aquellas tardes agobiadoras en que parece que se empeñan las señoras en ser más exigentes y se hacen más difíciles e insuportables para convencerlas, de pronto, cuando menos lo esperaba, entró Rody y corrió a echarse en sus brazos en un arranque de cariño que la estremeció hasta lo más hondo de su ser.

—¡Rody!... ¿Cómo has venido?

—Sabía que estabas y he venido a verte.

—¡Qué alegría!...

—Señorita Weston — anunció una de las empleadas de la casa —, la señorita Redd pregunta por usted.

—Ahora mismo voy... ¿Has venido con ella?... ¿Qué has hecho todos estos días?—inquirió Margot, que deseaba hacer mil preguntas al niño y que se hubiera sentado en el suelo a jugar con él y a contarle cuentos, aunque fuera el del pequeño Sambo, que ya todos se sabían de memoria.

—Me he divertido mucho. Ayer fui al circo y el payaso viejo me dió la mano.

—¿Es amigo tuyo?

—No, pero es muy simpático, y nos hicimos amigos en seguida.

—Bueno, ven conmigo, vamos a ver qué quiere la señorita Redd.

—Papá ha venido con nosotros también.

—¡Ah!... ¿Sí?

Sí, Philip Marshall había venido acompañando a su prometida y a su hijo adoptivo, y hablaba con Harriett, que le decía, en el momento en que Margot entraba en el salón donde estaban esperándola:

—Su hijo es un verdadero encanto.

—Sabe elegir sus amistades...

—sonrió Philip, viéndole llegar acompañado de Margot.

—Perdónenme, la señorita Weston les atenderá a ustedes. Con ella les dejo.

Margot saludó a Jessica y a

Philip, sin dejar de la mano al niño, que se sentía con ella muy a su gusto.

—Señorita Weston, quiero que me enseñe muchas cosas. He de encargarme mi *trousseau* y necesito escoger con calma todo cuanto me interese.

—Creo que podrá encontrar algo de su gusto. La colección que tenemos es maravillosa.

—Bueno, esto no es para nosotros, Rody, vámonos—interrumpió Philip, que ya sabía lo difícil y largo que resultaba la elección de un traje, cuanto más la elección de toda una colección de trajes como venía a hacer Jessica.

—Papá... ¿no puedo quedarme con Margot un ratito?—preguntó el niño, muy mimoso.

—¿No ves que está muy ocupada? Si te quedas la vas a molestar.

—No la molestaré, papá... Un ratito nada más—insistió el niño.

Margot le sonreía dichosa al ver que el niño tenía verdadero interés en estar a su lado. Jessica, un poco secamente, pero dominándose, replicó:

—Puede quedarse si es su gusto. No importa. Déjale.

—Bien, que se quede... Sé bueno, Rody... Hasta luego, Jessica. Enviaré el coche a buscarle.

—Gracias. Hasta luego.

Margot dió las órdenes para que las maniquies presentaran los modelos e hizo que trajeran los dibujos y croquis de las *toilettes* que estaban confeccionándose.

—¡Ah! Esto de casarse es mucho más complicado de lo que parece—suspiró Jessica, que se había instalado cómodamente en una butaca—. Me marea tanto jaleo.

—Sí, lo comprendo... Se necesitan tantas cosas... Procuraremos, por nuestra parte, no molestarla demasiado.

—Además de todas las compras, he tenido que mandar a casa del señor Marshall todas mis cosas... Es preciso cambiar la decoración. Está pasada de moda, llena de antigüedades que no me gustan. Si he de vivir en ella ha de estar a mi gusto. Hay que vigilar a los decoradores constantemente y no perder detalle, porque depende del menor el buen gusto de una habitación.

—¿Sabes?... Se han llevado todo de mi cuarto de juguetes y ahora no sé dónde jugar ni dónde han puesto mis juguetes favoritos—explicó Rody con un delicioso mohín de disgusto.

—No te quejes... Todavía te he dejado demasiados.

—Pero aquellos eran los que me gustaban a mí—protestó el niño.

Jessica se impacientó y atajó cortante:

—Calla y no molestes.

Margot tuvo que morderse los labios para no hablar, porque aquel tono y aquellas palabras le habían hecho daño, y, volviéndose a la maniquí que se paseaba ante ellas, murmuró, vencidosos:

—Este es un modelo muy bonito... muy sencillo... muy distinguido...

—No me gusta—contestó Jessica, mirándolo con indiferencia, porque le parecía excesivamente serio para ella.

—Mira qué dibujo más bonito, ¿me lo dejas mirar?—preguntó Rody, que todo lo fisonomaba y todo lo tocaba en su ansia de saberlo todo.

—Vamos, niño, no estorbes, siéntate... ¿Ves lo que has hecho?—gritó Jessica cada vez más nerviosa al ver que el niño había hecho caer al suelo su bolso, despararramándose su contenido—. Si fueras obediente no hubiera pasado esto.

—Perdona... fué sin querer...—dijo Rody, haciendo pucheros y a punto de llorar.

—Si no tiene importancia...—se apresuró a decir Margot queriendo consolar al niño—. El chiquillo se aburre... déjele que juegue un

poquito... Tenga usted en cuenta que no es más que un niño.

—Mal educado...—dijo Jessica, a quien no le gustaban los niños—. Siéntate y estate callado y quieto y no molestes más. ¡Es insostenible! No estaré tranquila hasta que le mande al Pensionado.

—¿Al Pensionado?—preguntó Margot en un tono de angustia que Jessica no fué capaz de captar—. Pero... ¿no es demasiado pequeño para apartarlo de sus padres...?—se atrevió a decir.

—No, no... le sentará muy bien. ¡Está demasiado consentido! Además, el señor Marshall y yo pensamos viajar mucho.

—¡Ah!...—suspiró Margot angustiada, porque comprendió que aquella mujer era incapaz del menor gesto de amor hacia el niño.

Jessica ya no se preocupaba de Rody. Volvía a tener la atención fija en los vestidos que le iban presentando.

—No, no, no... ¿no tiene algo menos serio, menos severo, más femenino?—dijo, disgustada porque no le exhibían lo que ella quería.

—¿Desea usted algo más... más llamativo?—preguntó Margot.

—Sí, sí... Como ése... ¡Oh, me encanta!—exclamó Jessica viendo un exageradísimo traje de noche

que la casa sólo confeccionaba para las grandes mundanas, pero que no aconsejaba nunca a una dama distinguida—. ¿Podrían copiármelo en encaje auténtico?

—Sí, pero le resultará muy caro.

—No importa... Ahora quisiera ver algún salto de cama.

—Luz, por favor, póngase el modelo Bandy—ordenó Margot a una de las maniqués.

Mientras esperaban, Rody, que ya no podía parar en la silla, saltó de ella y corrió al encuentro de un nuevo personaje que llegaba en aquel instante:

—¡Pero si es Gino!... ¡Hola, Gino, hola!—gritó con alegría, reconociendo a su compañero de juegos durante la travesía.

—¿A qué ha venido mi odioso rival a esta casa?—preguntó Gino estrechando la mano del niño con una sonrisa cordial en sus labios carnosos y sensuales—. ¡Ah, ahora lo comprendo!—añadió, viendo a Margot.

Se acercó a ella y la saludó y ésta le presentó a Jessica:

—La señorita Redd...

—¿Pero cómo te las arreglas para acaparar a las mujeres más bonitas?—preguntó Gino Corini al niño.

—Le presento al conde Giovanni

Corini, señorita Redd—dijo Margot, sin dar tiempo a Rody a contestar una pregunta que su cerebro infantil no pudo comprender.

—Gino jugaba conmigo y con Margot en el barco—explicó Rody.

—Me divertí mucho durante la travesía... Perdóneme mi intromisión... venía a invitar a Margot a tomar el té conmigo.

—Todos iremos a tomar el té... y yo tomaré chocolate y leche—dijo Rody, encantado con el proyecto.

—¿Pero qué dices, niño?—reprendió Jessica, molesta.

—¿Este hombrecito es pariente suyo?—preguntó Corini.

—Todavía no, pero va a ser mi hijo dentro de breves semanas.

—¡Va usted a casarse!... ¡Otra vez llego tarde!... ¡Ah, la mujer, la mujer! Mujer maravillosa!... Tu corazón es como la luna... cambiantes siempre... perfuma el aire por donde pasa y luego me abandona solo a mi triste suerte.

—Es usted muy impetuoso—rió Jessica ante tan inesperada vehemencia.

—Sólo cuando tengo una musa inspiradora—afirmó Gino que ya se sentía locamente enamorado de Jessica, puesto que Margot se empeñaba en no tomarlo en serio.

* * *

Unas horas más tarde, Margot, muy preocupada, explicaba a Jim, su confidente, su amigo bueno, su amparo y su gula, lo que había ocurrido aquella tarde.

—Es la persona más superficial y egoísta que he conocido—le decía, hablándole de Jessica—. No siente amor ni compasión por los niños. No tiene ternura. No les quiere. No le gustan los chiquillos. Seguramente no querría ni a los suyos propios, si los tuviera. ¡Te repito que no puede ser una madre para mi hijo! Y yo me encargaré de que no lo sea...

—¿Pero qué dices?... ¿Y si Philip la quiere, qué vas tú a hacer?

—Marshall no puede querer a esa mujer, no puede quererla, porque no la conoce, no sabe cómo es en realidad. Ella es demasiado lista y finge, cuando él está presente, que quiere a Rody. Pero lo único que busca es deshacerse del niño tan pronto como pueda. Te digo que la vida de mi hijo no la arruina esa mujer... y no trates de con-

vencerme, porque estoy decidida a todo.

—Rody no es tu hijo—dijo Jim, que quería disuadir a Margot de cometer algún disparate.

—¿Olvidas, Jim, que soy su madre?—replicó Margot, dolida de aquellas palabras.

—¡No eres su madre!—insistió Jim un poco duramente—. Cuando te separaste de él debiste renunciar por completo al niño. Me dijiste que renunciabas por completo a él, pero ahora parece que te has olvidado de ello. Además, creo que no debes mezclarte en todo esto. Soy tan responsable de la situación de Rody como tú, porque fui yo quien le busqué unos padres adoptivos que pudieran criarle con mimo y regalo... Philip ha sido un verdadero padre para Rody... y Philip es un buen amigo mío... ¡No te dejaré intervenir en su vida y hacerlo desgraciado!... A ti no te importa nada de Philip.

—De Philip no, pero de Rody sí, porque es mi hijo. Yo procura-

ré que Philip Marshall se desilusionó y vea a Jessica tal como es.

La discusión se había agriado un poco y los dos estaban encendidos y hablaban con cierto apasionamiento.

Jim se rascó el cogote, gruñó un poco y murmuró:

—No sé por qué soy tan tonto... ¡hummmmm!...

—¿Qué decías? —inquirió Mar-

got, que no le había entendido bien.

—Nada... Estaba pensando en mis terneras... tan dulces... tan pacíficas... tan dóciles... ¡tan fáciles de manejar!...

—¡Ah, déjame en paz! —replicó ella, volviéndole la espalda, enfadada por aquella salida tan del Jim que conoció hacía ya bastantes años y que vivía despreocupado de todas las cosas graves y trascendentales de la vida.

* * *

Por aquella vez Margot no hizo caso de los consejos de Jim. Se trataba de su hijo, de Rody, de aquel pedazo de su corazón, y estaba dispuesta a saltar por encima de todas las conveniencias y de todos los obstáculos con tal de lograr la felicidad del niño.

Llamó por teléfono a la casa de Marshall y preguntó por el señor.

—El señor Marshall ha salido... ha ido a comprar una bicicleta para el niño... Si es algo importante le encontrará en el bazar Rich-ton, tercer departamento—le con-

testó la secretaria de Marshall.

—No, no, no es nada importante... Sólo quería darle unas muestras para la señorita Redd, pero se las daré otro día. Gracias.

Sin embargo, aunque había asegurado que no era nada importante, se puso el sombrero y se preparó para salir a la calle.

—¿Dónde vas? —le preguntó Harriett.

—A comprar una bicicleta—replicó Margot muy seria.

—¡Qué bromista eres! —rió Harriett—. ¿Una bicicleta?... ¿Pero qué te propones hacer?

—Me propengo una sola cosa: entregarle unas muestras a Philip Marshall para su novia...

—¿Y vas a una tienda de bicicletas a verla?

—Sí.

—¡Vamos... por lo que veo te interesa también el padre!— comentó Harriett con un poco de picardía—. Pero recuerda que él no tiene cinco años... y es más peligroso.

—No hagas malos pensamientos. Sólo se trata de un negocio— afirmó Margot.

—Ya veremos...—murmuró Harriett moviendo la cabeza con aire de duda.

Margot fué al departamento tercero del bazar Richton y encontró a Marshall dando vueltas en una bicicleta que no era para su tamaño.

—Es algo pequeña para usted—le dijo, riendo.

—Sí, un poquito—replicó Marshall, sin darse cuenta de quien le hablaba, pero al levantar los ojos y encontrarse con Margot, se puso en pie y saludó:

—¡Pero, señorita Weston!... ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias.

—¡Qué agradable coincidencia!

—No es coincidencia... He venido a buscarle—contestó Margot, con entera franqueza.

—¿De veras?

—Sí, su secretaria me indicó estas señas. ¿Le molestaría entregar estas muestras a la señorita Redd?

—Con mucho gusto. Y usted, ¿podría hacerme un favor a mí?—preguntó Philip, guardando las muestras que Margot le había entregado.

—Desde luego...

—Quiero comprar una bicicleta para Rody, pero no sé qué modelo es más práctico. ¿Quiere usted ayudarme un poco en la elección?

—¿Por qué no?

Los dos se pusieron a probar bicicletas y patines, con un afán de niños que eligen su propio premio. Se divertían los dos y el vendedor les iba indicando las ventajas de cada máquina que probaban, y ellos no sabían en realidad por cuál decidirse.

—Bueno, si usted tuviera un hijo, un chiquillo encantador de cinco años, ¿qué bicicleta le compraría?—dijo al fin Margot dirigiéndose al vendedor.

—¡Ah, le compraría un modelo que es una verdadera maravilla! Vengan ustedes a verlo.

Y les enseñó lo que él estimaba perfecto.

—Vean: doble freno, sillín móvil, rueda libre, foco. Garantizada para toda la vida.

—Esta me gusta más y es muy ligerita—dijo Marshall, que ya iba a decidirse.

—¿No será demasiado rápida para un niño tan pequeño?—arguyó Margot, sintiendo angustia en su corazón maternal que le hacía ver peligros en todo.

—No, no lo crea. Ningún cliente se ha quejado. Toque la bocina... ¿Ve qué sonido tan bonito tiene? Pruébela... es ligera, fuerte, veloz, y tiene unos frenos soberbios.

—Pruébela usted, señor Marshall.

Philip la probó... y fué a chocar contra unos juguetes, cayéndose al suelo entre gran estrépito, y los dos se rieron de aquello que era como una travesura infantil y que les divertía pensando en cómo gozaría Rody cuando pudiera correr en ella.

Mientras Margot estaba en la tienda de bicicletas, Jim fué a la casa de modas a buscarla.

—¡Hola, Jim!—le saludó Harriett que salió a su encuentro—. ¿Cómo está el señor de las bacterias?

—Bien... ¿y la reina de la administración?—preguntó él, siguiendo la broma.

—Luchando para ver si consigo el cuarto millón.

—¿Y Margot? ¿Está ocupada?

—No... ha salido... ha ido a comprar una bicicleta con Philip Marshall.

—¿Ha ido con él?—inquirió Jim con un sobresalto que le hizo daño en el corazón.

—Me parece, Jim, que te ha salido un competidor... Debes tener cuidado—aconsejó Harriett que quería a Jim y deseaba que fuera feliz al lado de Margot.

—Gracias por la advertencia... Ya procuraré corresponder...—replicó Jim, disponiéndose a salir.

—Pero ¿no la esperas?

—No... tengo que hacer... Me marchó...—dijo él, que se marchaba preocupado y triste, cuando había llegado allí contento e ilusionado.

Había dado unos pasos hacia la puerta cuando se volvió de nuevo y entregó a Harriett una caja conteniendo unas flores.

—Toma... las cogí en el parque para ti—dijo, tratando de disimular.

Harriett le vió marcharse con una sonrisa melancólica en los labios. El amor de Jim no debía ser despreciado por Margot. Pero también comprendía que el niño había de ser un lazo muy fuerte en el corazón de su amiga. ¿Qué complicada era la vida, y qué difícil!

Cuando Margot regresó, le dijo con cierta ironía:

—Mucho tiempo has estado con ese caballero... Supongo que habrás tratado de muchas cosas... sobre todo de negocios.

—Nunca me ha gustado la ironía en tus labios.

—Está bien... No tengo el menor interés en saber lo que ha pasado en la tienda de juguetes.

—Ya sé que no te interesa—replicó Margot un poco ofendida. Pero viendo a Harriett vestida para salir, le preguntó solícita: —¿Dónde vas tan bien compuesta?

—A pasear... Yo también conozco a un caballero que compra bicicletas. ¡Ah, a propósito!—añadió, como si en aquel preciso instante se acordara del ramo que Jim le había entregado—. Jim me dejó estas flores para ti.

—¿Jim?... ¿Ha venido?... ¿Hace mucho rato?

—No mucho, hará como una hora.

—¿Por qué no me ha esperado?

—Ya se lo dije... pero no quiso.

—¿No te dijo por casualidad dónde iba?—preguntó Margot, que no podía sufrir la idea de que Jim se hubiera enfadado con ella.

—Ya sabes como es Jim.

—¿No dijo si iba al café?

—No dijo nada.

Margot se quedó pensativa, pero no tuvo mucho tiempo de reflexionar, porque llegó a interrumpirlas el conde de Corini que con su natural halago las saludó con grandes extremos:

—¡Ah, mis dos preciosidades!... Harriett, esta noche va usted a causar alboroto en el restaurante... ¡Va a robar centenares de corazones!

—¿Conque éste era el caballero que decías...? —preguntó Margot sonriendo a Cino con una sonrisa de simpatía, porque el conde había acabado despertando en ella una corriente de amistad por su constancia, su vehemencia y lo cómico de sus respuestas.

—Verá usted, Margot, yo le explicaré... Usted sigue siendo mi encanto, un verdadero ángel...

—Sí, sí... no le haga mucho caso...—murmuró Harriett, que se divertía con el conde.

—Ya sabe, Margot, que mi corazón es para usted... que usted sigue siendo para mí la más bonita, la más encantadora del mundo... pero no puedo morirme de aburrimiento...

—¡Claro! —afirmó Margot con la más cómica de las admiraciones.

—Basta de coqueteos... Vamos —interrumpió Harriett.

—Buenas noches, Margot.

—¡Adiós... que os divirtáis!...

Se quedó sola, se dejó caer en una butaca y se quedó allí largo tiempo pensando en sus propias cosas, pensando en Jim, en Rody, en Philip, en Jessica, en todo el

complicado problema que la vida ponía ante ella y que ella sola tenía que dilucidar, porque no podía pedir el amparo de nadie para tomar una resolución para lograr única y exclusivamente la felicidad del hijo de su vida.

Margot había tomado una decisión y todo lo encauzaba a llegar a la meta propuesta. Telefonó a Jessica y le propuso que irían a casa de Philip Marshall a probarle los vestidos para ahorrarle la molestia de tener que acudir ella a la casa de modas para hacerlo.

Luego llamó a Gino Corini y le dijo que fuera a buscarla, que le necesitaba. No quería ir sola a ver a Jessica, pues necesitaba quien colaborase, inconscientemente, en su plan de ataque.

—¡Oh, Margot, Margot!...—exclamó Gino llegando a la hora convenida en busca de la muchacha.

—Sí, ya sé que soy preciosa, ideal, exquisita—interrumpió ella, riendo.

—¡Pues claro!... ¿Ve como acu-

do cuando me llaman? ¡Al fin necesita de mí! ¡Si estaba seguro!

—Sí... Oiga, Gino, ¿quiere usted acompañarme a Westchester?

—¿A solas con usted?

—No — volvió a reír Margot, que no podía contenerse ante el impulso del conde.

—Entonces no me va a gustar.

—Verá usted como le encanta... Vamos.

Le llevó a casa de Philip Marshall, donde la esperaba Jessica, y le dijo, mientras aguardaban en el amplio recibimiento:

—Aunque puede parecerle esto un poco aburrido yo creo que encontrará algo que le distraiga...

—Lo dudo—replicó el conde.

Jessica salió a recibirles, después de haber dado órdenes absur-

—No, no, vamos, vamos...

Philip Marshall vió al niño desde lejos y preguntó al chofer:

—¿Quién está con Rody? ¿La señorita Jessica?

—No, señor; una señorita que ha venido hace un rato... Oí a Rody que la llamaba Margot.

—¡Ah, la señorita Weston! — exclamó Philip con alegría.

Y, montando en otra bicicleta, corrió hacia ellos.

—¡Un policía nos persigue — exclamó Margot, forzando la marcha — ¡Algo malo hemos hecho!

—¿Pero sí es papá! — rió Rody volviéndose hacia su padre.

—¡Ya os alcanzo!... — gritó Philip, corriendo tras ellos en su propia bicicleta.

—¿Vamos a hacer una carrera?... ¿A ver quién puede más!

Pedalearon con todas sus fuerzas, pero Philip, que no estaba muy entrenado en aquel deporte, hizo una falsa maniobra y cayó. Corrieron a él Margot y Rody.

—¿Está usted herido? — preguntó Margot con solicitud.

—En mi amor propio nada más — contestó Philip.

—¿No es usted un campeón, verdad?

—¿Te has hecho daño, papá? — preguntó Rody, mirando a su padre con carita de angustia.

—No, mi encanto, no ha sido nada.

—¿Por qué no te sientas, Margot? — preguntó el niño, viendo que su amiga seguía en pie ante ellos, en una actitud expectante.

—Si los hombres fuertes se rinden tan pronto... creo que yo también tengo derecho a descansar un poco — replicó Margot riendo y sentándose al lado del niño.

—Me parece que la señorita Weston presume mucho, ¿eh? — inquirió Philip hablando a su hijo en son de broma.

—Papá... ¿por qué la llamas siempre Weston, si es Margot? — dijo el niño con su infantil inocencia.

—Porque... eso está bien para ti... pero...

—Y para ti también — aseguró el niño con mucha seriedad.

Philip y Margot rieron, como si no encontraran mejor medio de salir de la situación comprometida en que les ponía la ingenuidad del chiquillo, que no se contentó con aquello, sino que siguió preguntando:

—Oye, papá, ¿por qué no viene Margot a vivir con nosotros?

—Pues... porque Margot tiene su casa — replicó Philip sintiendo que la boca se le secaba de angustia, porque conocía a Rody y sabía

que cuando se ponía a preguntar era capaz de aturdir al más sabio de los hombres.

—Jessica también tiene su casa y vive con nosotros.

—Sí, pero es diferente.

—¿Por qué es diferente?

—Verás... hummm... —musitó Margot, que sentía idéntica angustia que Philip ante las preguntas del niño—. Rody, Jessica ha tenido que venir a vivir aquí, porque... porque tiene que cambiar tu casa y decorarla a su gusto y modernizarla porque no le gusta como la tenéis... La encuentra pasada de moda...

La primera piedra estaba lanzada y Margot sentía que el corazón le palpitaba con violencia. Sabía que aquello no era un juego limpio, pero se trataba de la felicidad del niño y la felicidad del niño estaba basada en que aquella mujer no llegara nunca a ser su madre adoptiva, porque no podría amarle y no amándole le haría desdichado.

—Papá, ¿sabes?, Jessica quiere cambiar mi habitación y yo no quiero que la cambie, porque ya me ha quitado el cuarto de juguetes y no quiero que me quite nada más... ¡Pídeselo tú!—rogó el chiquillo, acordándose, por las palabras de Margot, de que Jessica lo

estaba todo tergiversando y de que su casa ya no parecía su casa.

—No te preocupes, hijo, yo hablaré con ella para que no lo cambie—replicó Philip, al que las palabras del niño habían preocupado.

Intentó levantarse para regresar a casa y dió un suspiro:

—¡Ay!... ¡Hoy!...

—¿Qué te pasa, papá?

—¿Tú no me has dicho muchas veces que eras el doctor Braun? ¿No puedes curar a tu papá? ¡Como me he caído, todos los huesos me duelen!

—A ver, saca la lengua... Di "aaaaah"... ¡Ay, eso está muy mal! ¡Necesita una operación urgente! —dijo Rody con una gran formalidad, haciendo a las maravillas su papel de doctor—. Vea a mi enfermera mañana y le dirá lo que tiene que hacer—añadió, señalando a Margot.

—Tendrá que buscar otra enfermera, señor doctor, porque yo debo volver a mis vestidos—replicó Margot, acordándose de Jessica que debía estar esperándola.

—¿De verdad nos abandona tan pronto?—preguntó Philip sintiendo que tuviera que acabarse aquella amable camaradería que existía entre su hijo, Margot y él.

—¡Qué remedio!... Tengo una cliente esperando para una prueba.

—Vamos, vamos, pues...

Philip tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarse y anduvo con dificultad, porque todo el cuerpo le había quedado magullado del golpe.

Al entrar en la casa, la *sierva* se apoderó del niño, porque ya era la hora de cenar, y Philip preguntó dónde se encontraba la señorita Jessica.

—En la biblioteca con el conde de Corini—replicó el criado al que había interrogado.

—Es Gino, mi amigo del barco—explicó Rody.

—Vino a acompañarme—añadió Margot, callándose que le había traído precisamente para aquello, para que él entretuviera a Jessica mientras ella jugaba con el niño.

—Papá, dile a Margot que se esté conmigo mientras ceno, y tú también... Anda, venid conmigo...

—No sé si debo molestar tanto a la señorita Weston...

—No me molesta... Por mí, encantada...

—Vamos, vamos—insistió el niño.

Philip y Margot se sentaron cada uno a un lado del niño y le hicieron compañía mientras cenaba.

—¿No comes las zanahorias?

le preguntó Margot, viendo que las dejaba a un lado del plato.

—Es que no me gustan.

—Me parece que este doctor Braun no es más que un mito...—murmuró Margot, que quería hacer comer al niño.

—¿Qué es un mito?—preguntó el niño.

—Un mito es el que odia las zanahorias—explicó Philip, riéndose.

—Y hemos estado paseando en bicicleta con un mito!—exclamó Margot, fingiendo mucho miedo.

—¿Y si me como las zanahorias ya no seré un mito?

—Naturalmente que no.

—¿Entonces las como!

Philip y Margot soltaron la carcajada y vieron complacidos como el niño comía con buen apetito lo que antes dejara al borde del plato.

Cuando ya había terminado de cenar el niño, Jessica y Corini venían a ellos. Habían pasado la tarde en la biblioteca charlando, haciendo el amor, bailando. Las horas habían transcurrido rápidas para ellos, casi tanto como para Philip y Margot.

Jessica presentó a los dos caballeros que no se conocían y se estrecharon la mano en un gesto de pura fórmula, y Jessica, volviéndose a Margot, le dijo:

—¿Probamos los vestidos?

—Cuando usted quiera; y perdóneme: estaba tan distraída con el niño que no me di cuenta de cómo pasaba el tiempo. Adiós, señor Marshall, me he divertido mucho con Rody. Espero que podré verle otra vez antes de que se marche... —añadió intencionalmente.

—¿Rody?... ¿Marcharse Rody? —inquirió Philip muy extrañado.

—Sí, la señorita Redd me ha dicho que van a mandarle a un Pensionado.

—¡Oh... no... no está todavía decidido! —murmuró Philip, disgustado.

Margot siguió a Jessica después de haber besado al niño y estrechado la mano de Marshall, y cuando las dos mujeres estuvieron solas en la habitación de la futura esposa de Philip, ésta, mirando fijamente a Margot, le dijo:

—Es usted muy lista, señorita Weston.

—Es preciso para tratar con mujeres tan inteligentes como usted —contestó Margot, que comprendió pronto que Jessica había visto su juego.

—Sé perfectamente lo que se propone.

—¿Usted cree...? —inquirió Margot pensando que Jessica no podía en modo alguno saber el fondo de sus intenciones, el ver-

dadero móvil de sus actos, el sentido exacto que la empujaba a salvar a Rody de una posible madrastra que no le quería y que le haría sufrir.

—Sí. Sé por qué finge usted ese cariño exagerado y absurdo por Rody, sé lo de la compra de la bicicleta del niño. Comprendo el interés que tenía por venir aquí hoy, y por qué ha venido el conde con usted... Ha sido un atrevimiento, señorita Weston. Pero no podrá usted engañarme... Una mujer no engaña nunca a otra mujer.

—No, es verdad, no la engaña —afirmó Margot convencida.

—No malgaste su talento en este terreno. Philip no será el único hombre rico que vaya a su casa de modas a comprar algo: si no van con el hijo pueden ir con la madre; a usted le da igual: el caso es poder demostrar su afecto, su ternura, su delicadeza, su alma angelical... ¿no es eso?... ¡Pero le aseguro que aquí no tiene nada que hacer, y que toda su comedia, todas sus pampinas de fingimiento de amor a ese niño que no le importa nada, no nos hacen ningún efecto!... ¿Comprende?

Hablaba Jessica en tono despótico y severo y Margot la escuchaba con una débil sonrisa en sus labios, pensando en cuán equivocada

da estaba la señorita Redd respecto a sus verdaderos sentimientos.

Después de haber guardado un silencio que Jessica interpretó como si la hubiera vencido, Margot dijo con calma y serenidad:

—No tengo esperanza de que entienda usted lo que voy a decirle. No me interesa en absoluto que Philip Marshall se enamore de mí, ni me interesa su dinero; pero sí me interesa que no sea usted una mujer. ¡No tiene usted bondad bastante para ello! Estoy segura de que a usted nada le importa el padre ni mucho menos el niño...

—Soy la prometida de Philip Marshall y no voy a consentir de ninguna manera que una simple modista pretenda arrebatármelo. ¡Está claro lo que le digo!—gritó Jessica, que comenzaba a perder su control.

—Muy claro. En una palabra, Philip Marshall es sólo un bonito negocio para usted y no quiere perderlo. ¿No es eso, en resumidas cuentas, lo que quiere usted decirme?

—Exactamente. Haré lo necesario para conseguirlo y estoy dispuesta a saltar por encima de todo con tal de que no se me escape—afirmó Jessica con resolución.

Margot no dijo ni una palabra más. Sonrió interiormente. Acababa de vencer a Jessica, pues Philip Marshall, que entrara unos momentos antes en la habitación donde ellas se hallaban, acababa de oír las verdaderas intenciones de la que él había elegido como futura esposa. Margot se retiró y, al quedar a solas Philip y Jessica, ésta comprendió perfectamente en la actitud de él, que todo quedaba anulado entre los dos.

Aquella misma noche, cuando salía del taller, se encontró de manos a boca con Jim, al que saludó como si el cielo se lo enviara:

—¡Jim!... ¿Quieres que cenemos juntos esta noche? ¡Tenía tantas ganas de verte!

—Me parece una idea excelente. ¡Taxi! —llamó Jim, ayudando a subir a Margot.

—¿Dónde vamos, señor?—preguntó el chofer.

—A pasear un ratito.

—Bien.

Margot se había dejado caer en el asiento del coche con un gesto de lasitud y de melancolía y había apoyado suavemente la cabeza en el hombro de Jim que la contemplaba en silencio, dichoso de tenerla tan cerca de él.

—¿Tienes algo que decirme, verdad? — Inquirió él, que sabía que Margot nunca le trataba con tanto cariño como cuando tenía que consultarle algo.

—Sí—replicó ella dulcemente.

—¿De qué se trata?

—Ya te lo diré... Ahora déjame estar así un poquito... ¡Me siento tan fatigada!

—Oye, Margot... ¿te molestaría que te contase un cuento?

—No... cuéntalo...

—Pues... érase una vez... ¡No te importa que empiece de este modo, verdad? Erase una vez un hombre aburrido de la vida que creía que la única manera de vivir bien era meterse en un barco y cuidar terneras... Pero un día encontró a una chica que le dijo: "No me marcharé a París si tú no te quedas en Nueva York". El no quería quedarse, porque le gustaba aquella vida aventurera, pero... se quedó... porque... porque la muchacha era encantadora. Entonces encontró un empleo para hacer investigaciones microscópicas que era

en lo que se había especializado, y lo hacía bastante bien... pero ese muchacho ya no mirará más por el microscopio... a menos que tenga que ver algo muy importante... porque de pronto... ¡ha ascendido a primer bacteriólogo!... ¡Y todo, todo, se lo debe a aquella muchacha encantadora!

—¡No!...—exclamó Margot, entusiasmada, mirando a Jim con infinita ternura.

—¡Sí!—aseguró él, muy serio y altivo, como un gran personaje.

—¡Oh, Jim...! ¿Cuándo te han dado la noticia?

—Hace un par de horas.

—¡Es maravilloso!... ¡Lo pronto que te han ascendido! ¡Debes tener mucho talento!

—Eso no tiene importancia—replicó Jim sencillamente, porque no le gustaba que le alabaran ni dieran a sus cosas más importancia de la que en realidad tenían—. Ahora hablemos de ti. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Margot rió para darse ánimos a sí misma y, no teniendo valor para decir lo que quería decirle, después del cuento maravilloso que acababa de contarle, replicó:

—Lo mío se ha de decir a plena luz y con música.

—Pues llévenos al Palace—ordenó Jim al chofer.

Fueron al Palace y bailaron, bailaron incansablemente. Pero Jim permanecía callado y melancólico, como si algo le preocupara:

—No estés tan serio. El éxito que has tenido te ha dado una seriedad que no te sienta bien—le dijo Margot, queriendo obligar a Jim a que hablara y no tener que hacerlo ella.

—Es que me he convertido en un hombre formal.

—Pues hay que celebrarlo con alegría. No es una ocasión para estar así, tan triste.

—Sí lo es, Margot... Hace mucho tiempo, mucho, que estoy deseando decirte una cosa... ¡Y ya ves... cuando iba a decírtela se ha acabado la música! —murmuró, dando por terminado el baile y con él la ocasión de declarar en aquel momento a Margot su amor con toda seriedad y de ofrecerle su nombre y su vida toda.

Volvieron a la mesa y la hallaron ocupada por un caballero.

—Perdón... se ha equivocado usted de mesa... —murmuró Jim.

Pero Corini, que no era otro el que ocupaba la mesa, saludaba ya a Margot con su habitual entusiasmo:

—¡Mi querida Margot! ¡Mi encantadora Margot!...

—El conde de Corini... el doctor Harward—presentó Margot—. Conoció al conde en París.

—¡Qué coincidencia! —murmuró Jim al que maldita la gracia que le hacía encontrarse en aquellos momentos con un amigo de Margot.

—¿Coincidencia?... ¡No lo crea! Aunque Margot se esconda, siempre la encuentro. El amor es mi guía, no me puede engañar...

—Gino es un modelo de franqueza, como puedes ver—rió Margot.

—¿Por qué no?—siguió diciendo el conde—. ¿Por qué he de ocultarlo, si lo quiero de verdad? ¿Por qué no he de decirlo a todo el mundo?... ¡Camarero!... Más champañal... ¡Ah!... Creo que vamos a ser grandes amigos y va a ser esta noche una noche espléndida...

—Sí...—gruñó Jim de mal humor, pensando que hubiera podido ser espléndida para él de no haber intervenido aquel inoportuno en el momento preciso en que iba a lanzarse otra vez a una declaración formal.

* * *

Unos días más tarde Margot se vió sorprendida por una invitación de Philip Marshall a tomar el té en un conocido restaurante.

Acudió, extrañada de aquella cita, pensando que acaso se trataba de hacer alguna nueva compra para Rody y que Philip la quisiera consultar, dándose cuenta de que Margot comprendía las necesidades de los pequeños.

Pero el rostro de Marshall, cuando le encontró, le dijo ya mucho más de lo que pudieran decirle sus palabras.

Hablaron de cosas indiferentes durante un buen espacio de tiempo y cuando ya estuvieron sentados ante la mesa del restaurante, Philip, bebiendo unos sorbos de champaña, murmuró:

—Esto me dará valor para decirle lo que quiero decirle... Jessica salió para Inglaterra anoche...

—¡Ah!... — exclamó Margot, sorprendida gratamente por la noticia, y un poco asustada por lo que le quedaba por escuchar.

—Yo sé que es mejor que todo haya sucedido así — siguió diciendo Philip Marshall con la voz re-

posada, pero un poco temblorosa de emoción—. No habíamos nacido el uno para el otro, ahora me doy perfecta cuenta de ello. La quiero a usted, Margot, la quiero y creo que la quiero desde el primer día que la vi, cuando llegó del viaje con Rody. La queremos los dos, el niño y yo. Aun creo más, creo que ha sido el niño quien me ha hecho conocerla y quererla y estimarla en lo que vale... Margot... ¿quiere ser mi mujer? Le aseguro que Rody va a ser la criatura más feliz del mundo si le digo que va usted a ser su madre... No le pido que me conteste ahora mismo, no... pero le ruego que lo piense bien antes de contestarme de un modo definitivo...

Margot le había escuchado impresionada por el tono en que habían sido dichas aquellas palabras y en su corazón repercutía una y otra vez esta única frase: "Rody será la criatura más feliz del mundo si le digo que va usted a ser su madre". Aquella frase era la única que importaba; la única que pesaba en la balanza de sus decisiones, la única que podía influir

en su ánimo para aceptar un camino en el que no había pensado.

Poder ser, ¡al fin!, sin ambajes, sin prohibiciones, sin disimulos, la madre de Rody, del hijo de su vida, de aquel ángel que desde lejos iluminara siempre su existencia solitaria.

—Sí, Philip, lo pensaré... se lo prometo—replicó después de haber permanecido en silencio mucho tiempo—. Lo pensaré... ¡Me ha cogido tan de improviso su proposición!

Tenía que pensarlo... y tenía que hablar de ello a Jim. La hora había llegado. Era preciso decir a Jim lo que ocurría, enfrentarse con la verdad, muy dolorosa por cierto, ya que la verdad la arrancaba de los brazos de Jim, al que quería, para lanzarla a ser la esposa de Philip Marshall... Pero Philip Marshall era el único camino para que Rody la pudiera llamar, sin avergonzarse nunca de ello, mamá...

Llamó por teléfono a Jim.

—Jim... ¿eres tú?... Necesito hablarte. ¿Podrías venir ahora mismo a verme?—le dijo con una voz alterada que sobresaltó al buen amigo.

—¿Te ocurre algo?... Ahora mismo voy.

No tardó más que lo indispen-

sable para llegar a su casa y en cuanto vió el rostro de Margot se dió cuenta de que iba a hablarle de algo trascendental. Pero para Jim, las cosas trascendentales continuaban siendo un pequeño incidente en la vida. Y esperó con firmeza a que Margot le dijera lo que tenía que decirle.

—Te encuentro muy guapa esta noche... ¿qué te pasa? ¿Has tenido alguna alegría?—le preguntó, sentándose con aire displicente en un sillón, aunque en su corazón algo doloroso se hacía sentir.

—¿Quieres tomar algo?—preguntó ella, en lugar de contestar directamente a su pregunta.

—No, gracias. Lo que sí quisiera es un cigarrillo...

—Yo también tengo gana de fumar.

Le ofreció un cigarrillo y él le dió fuego para encender el que ella había llevado a sus labios. Callaron los dos. Jim lanzaba al aire leves espirales de humo, esperando con paciencia, mientras Margot fumaba con nerviosismo, como si la aturdiera tener que empezar la conversación.

Al fin él se decidió:

—¿Por qué me has llamado?—inquirió, yendo directo al asunto.

—Philip Marshall me ha pedido que me case con él—contestó Mar-

got simplemente, sin rodeos, sin paliativos, tal como las palabras habían acudido a sus labios en toda su simple franqueza.

Jim no hizo más que articular un sonido gutural, que lo mismo podía ser de aprobación que de reproche.

—Estaba tan preocupada con Rody, me divertía tanto al lado de mi hijo, que... que no pensé nunca que esto pudiera llegar... Yo sólo quería que no se realizara el casamiento con Jessica, porque Jessica no podía ser una madre para mi hijo...

—Lo comprendo—dijo Jim, lanzando al aire una nueva bocanada de humo a la que se quedó mirando como si le interesara mucho saber dónde iba a parar—. Y... ¿vas a aceptar?—preguntó cuando la última espiral se hubo desvanecido en el aire.

—Jim... aceptar representa para mí tener a Rody siempre a mi lado, unir mi vida a la suya, protegerle, guiarle, educarle, llamarle ¡hijo mío!... y oír de sus labios el dulce nombre de madre... Compréndelo... tengo que aceptar—dijo Margot, que sólo pensaba en su hijo, aunque en su corazón algo lloraba por aquel amor que dejaba a un lado por correr tras el cariño del niño.

—Desde luego... tu hijo es lo primero... Rody está contra el mundo entero, contra ti misma... ¡no tiene remedio! —murmuró Jim, sobreponiéndose a la pena que las palabras de Margot le producían—. Tu corazón le pertenece por entero, tu amor hacia él no puedes compartirlo con nadie... Contra eso no podemos luchar... ¡Rody está por encima de todo!

—Sabía que hablarías así, Jim... gracias... Sé que tú hubieras hecho igual, pero...

—¿Qué?

—Estoy un poco asustada.

—¿Por qué?

—Porque... no tendría valor para vivir junto a mi hijo sin hacerle saber que soy su madre, su verdadera madre... ¡No lo tendría!... Debo ser sincera con Philip y contarle toda la verdad.

—No —replicó Jim con energía—. Escúchame, Margot, tienes que dejar las cosas como han estado siempre. La vida nos castiga de algún modo, y tu pena será estar junto a él y no hablar... Vas a casarte con Philip Marshall, y, hasta la hora de tu muerte, callarás la verdad... Este secreto es tuyo y mío... No lo olvides...

Margot bajó la cabeza vencida. Jim tenía razón. El niño debía ig-

norar todo cuanto pudiera hacerle daño cuando estuviera en edad de juzgar. Y Philip Marshall, que tan bueno había sido con el niño, también debía ignorar aquella triste y

lejana historia que sólo a Margot pertenecía. A Margot y a Jim, que la había protegido cuando ella creyó que el mundo le cerraba para siempre todas sus puertas.

* * *

Al día siguiente, Margot, elegantísima, bella, con la belleza de su juventud triunfante, llegó a casa de Philip Marshall.

—La esperaba... pero no me atrevía a creer que vendría — le dijo Philip, deslumbrado ante su esplendorosa hermosura.

—Aquí estoy, Philip — contestó ella con su naturalidad desconcertante.

—¿Para quedarse?

—Para quedarme, Philip.

Rody vino a romper la turbación que aquellas palabras habían puesto en el alma de Philip.

—¡Margot!... ¡Margot! — gritó el niño, corriendo a saludarla.

—¿Pero qué haces a estas horas despierto? — preguntó Margot, besando al niño.

—Es que he perdido mi muñeco y no puedo dormir sin él.

—¿Dónde está?

—En la nevera — replicó Rody con picardía.

—¡Pobrecito!... ¿Por qué está allí?

—Le metí en la nevera esta tarde porque era un niño malo.

—Pero le vamos a perdonar... Voy a buscarlo — dijo Philip, que sentía tanta felicidad que esto le hacía magnánimo... hasta con los muñecos.

Rody besó a Margot, la contempló largamente y le dijo con un gesto de admiración:

—¡Qué bonito es ese traje que llevas, Margot!

—Me lo he puesto porque tenía que venir a verte a ti.

—Gracias.

—Rody... ¿quieres que venga a vivir aquí contigo, para siempre? — preguntó Margot, abrazando al niño.

—¿A vivir para siempre conmi-

go? ¿De verdad?... ¡Ya lo creo que quiero! ¡Cuánto me alegro!... Me contarás muchos cuentos... iremos juntos de paseo... haremos carreras en bici... ¡Cómo nos vamos a divertir!... ¡Papá!... ¡Papito!... ¿No sabes?... Margot se queda a vivir con nosotros... y yo lo he arreglado todo—explicó Rody a su padre adoptivo que llegaba con el muñeco en la mano y que al oír al niño rió lleno de felicidad y le dijo:

—¿Eres tú quien lo ha arreglado, eh?... Entonces hay que decirle dónde guardas tú las cosas en esta casa... Y ya sabe usted, Margot, lo que le espera si no es buena: Rody la encerrará en la nevera...

—¿No...! Porque Margot no cabe en la nevera—replicó Rody muy serio.

—Bueno, ahora que ya tienes tu muñeco debes irte a la cama... ¿Quieres?—dijo Margot que tenía miedo a que el niño se enfriara.

—Sí, pero quiero que tú me acuestes... y que me cuentes un cuento...

Margot miró a Philip y éste le sonrió, como dándole permiso de que mimara al niño, como si quisiera decirle que cada caricia que hiciera a aquel niño al que amaba él como a un verdadero hijo, era

un grado más que alcanzaba en su corazón de hombre.

Ella tomó al niño en sus brazos y le llevó hacia la cama. Viéndose al lado de su hijo ya no necesitaba nada más para ser feliz, aunque tenía que ahogar en su corazón el recuerdo de aquel otro querer que había quedado hundido en lo más íntimo de su pecho para dar paso a su amor maternal que todo lo había arrollado con su fuerza avasalladora.

—Cuéntame un cuento, Margot—insistió Rody, que ya sentía los párpados hinchados de sueño, mientras subían la escalera que conducía a los dormitorios.

—Sí, rico mío... ¿cuál prefieres?

—El del negrito Sambo...

—Pues señor, érase una vez un negrito llamado Sambo que iba por el bosque...

Lentamente, dulcemente, suavemente, se fué el niño durmiendo con una apacible sonrisa en los labios, y en aquella sonrisa dulcísima de su hijito, quedaron también dormidos los pesares de Margot, que se fueron haciendo paz en su corazón al calor de aquel puro amor de madre que la había alentado a realizar el sacrificio de su amor de mujer.

das e impertinentes a los decoradores:

—¡Ah, señorita Weston, cuánto agradezco su amabilidad viniendo a probarme aquí! ¡Qué sorpresa, señor conde! No contaba con usted...—dijo, saludándoles con afectada cortesa.

—Encantadísimo de volverla a ver.

—Supongo que no la molestará que el conde Corini haya venido acompañándome — dijo Margot, que iba trazando su plan tal y como en su imaginación lo imaginara.

—No, no, al contrario. No tenemos prisa para la prueba... Podemos tomar antes un poco de té o un whisky.

—Los vestidos conviene sacarlos de la caja cuanto antes—rogó Margot.

—Ea verdad. Julia los llevará arriba, al cuarto que está al final del pasillo.

—Yo iré con ella... hay que tener mucho cuidado con el de gasa... Bajo en seguida.

Margot siguió a la doncella y subió a las habitaciones superiores. No tardó en encontrar lo que buscaba, puesto que fué Rody mismo quien corrió a ella al descubrirla desde lejos:

—¡Margot!... ¡Margot!

—¡Hola, Rody!... Buenas tardes, señorita — saludó, viendo que el niño venía acompañado de la nura.

—¡Verás qué regalo me han hecho, Margot! ¡Es precioso! ¡Me lo ha comprado papá!—gritó el niño, que estaba tan entusiasmado con su bicicleta que a todo el mundo la iba enseñando.

—Mira, mira, Margot, tiene freno doble, rueda libre y foco—explicaba el niño, ya en el jardín.

—Es la bicicleta más bonita que jamás he visto—aseguró Margot, como si la viera por primera vez, examinándola con detención—. ¿Sabes montar?

—¡Claro! ¡Y muy bien! Ahora lo verás.

Subió Rody a su bicicleta, Margot lo hizo en otra, mayor, que había allí, y empezaron a recorrer, a gran velocidad, las avenidas.

—¿Hasta dónde es el viaje?—preguntó Margot, riendo dichosa al poder jugar de nuevo con su hijo.

—¡Hasta la China!

—¿Llegaremos al amanecer?

—Sí, y batiremos el record.

—No sabía que la China estuviera tan lejos—comentó Margot.

—¿Te vas a cansar tan pronto como Gino en el barco?—preguntó el niño, enfurrunchunándose.